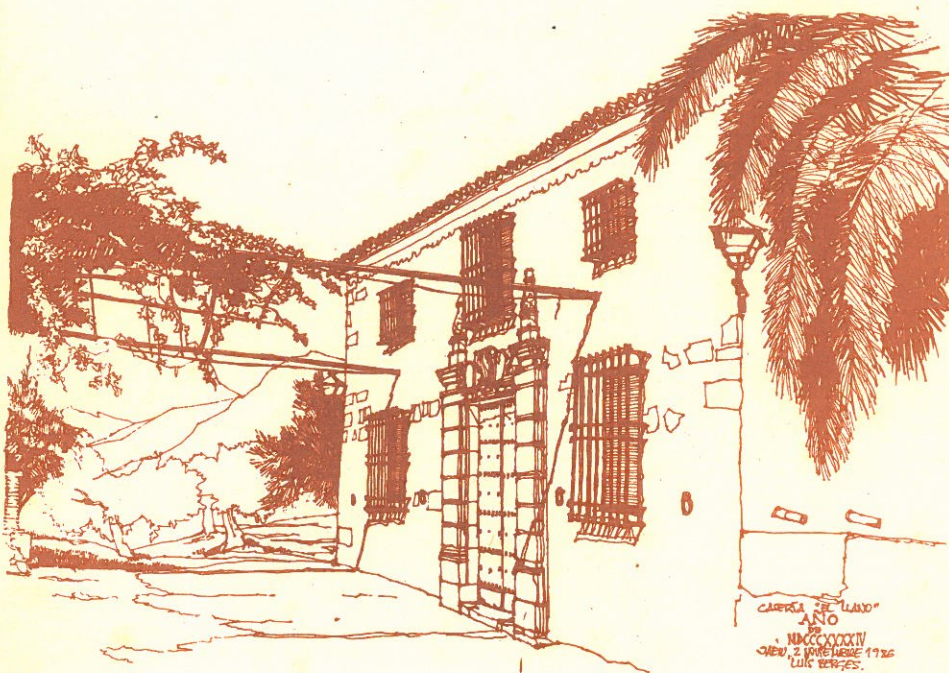
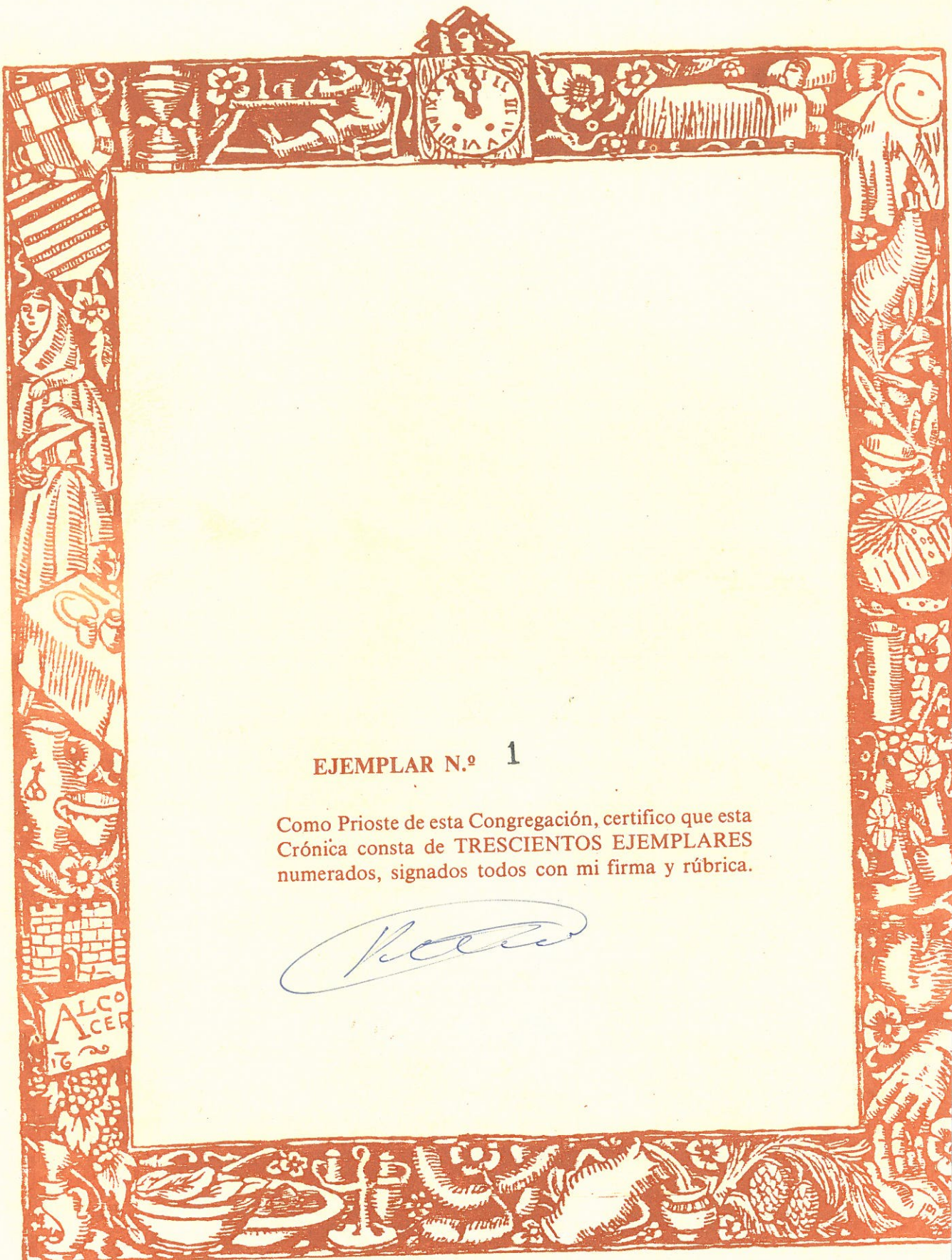


CRONICA DE LA
"CENA JOCOSA"
DE 1986



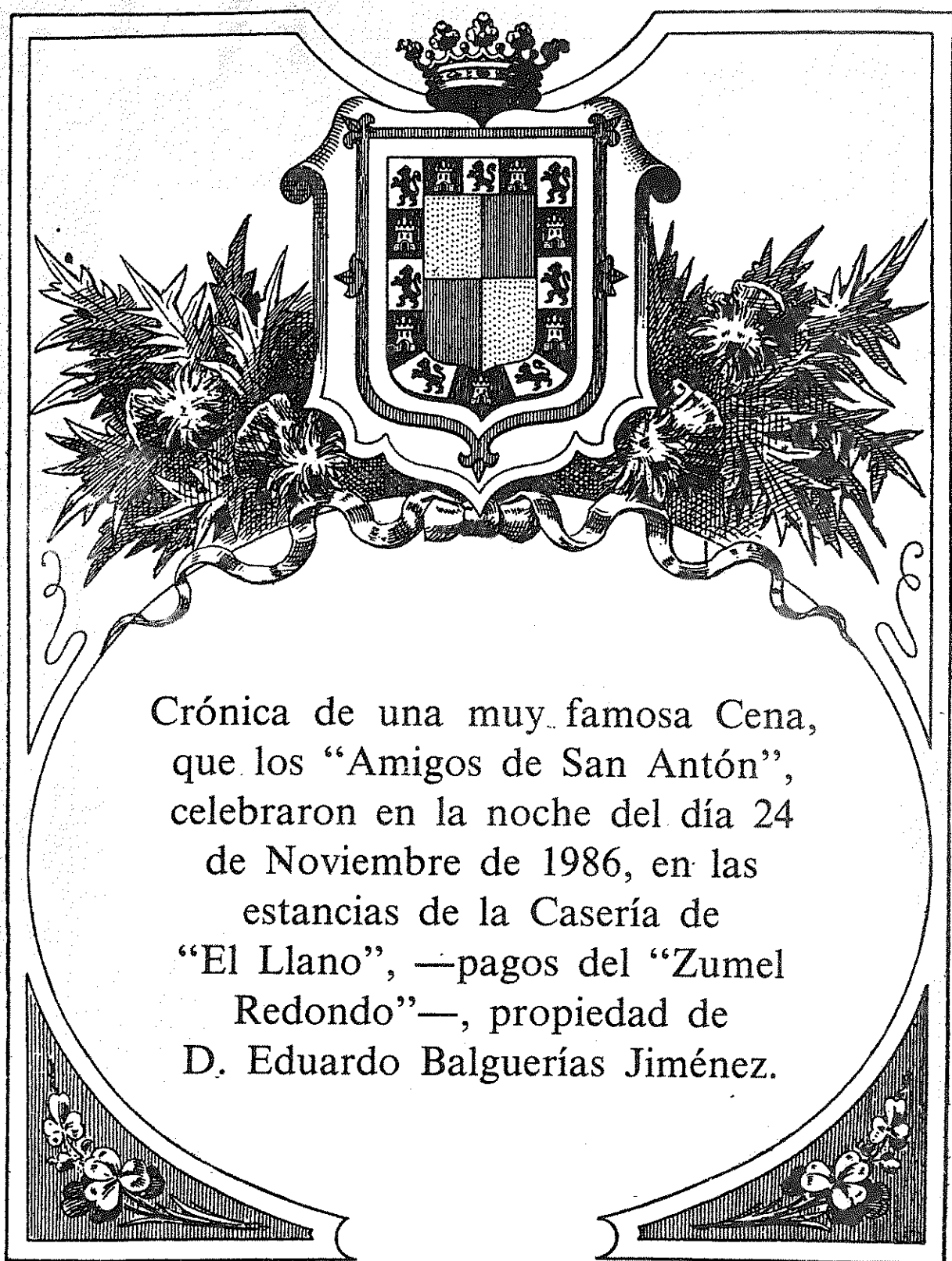
AMIGOS DE SAN ANTON
JAÉN



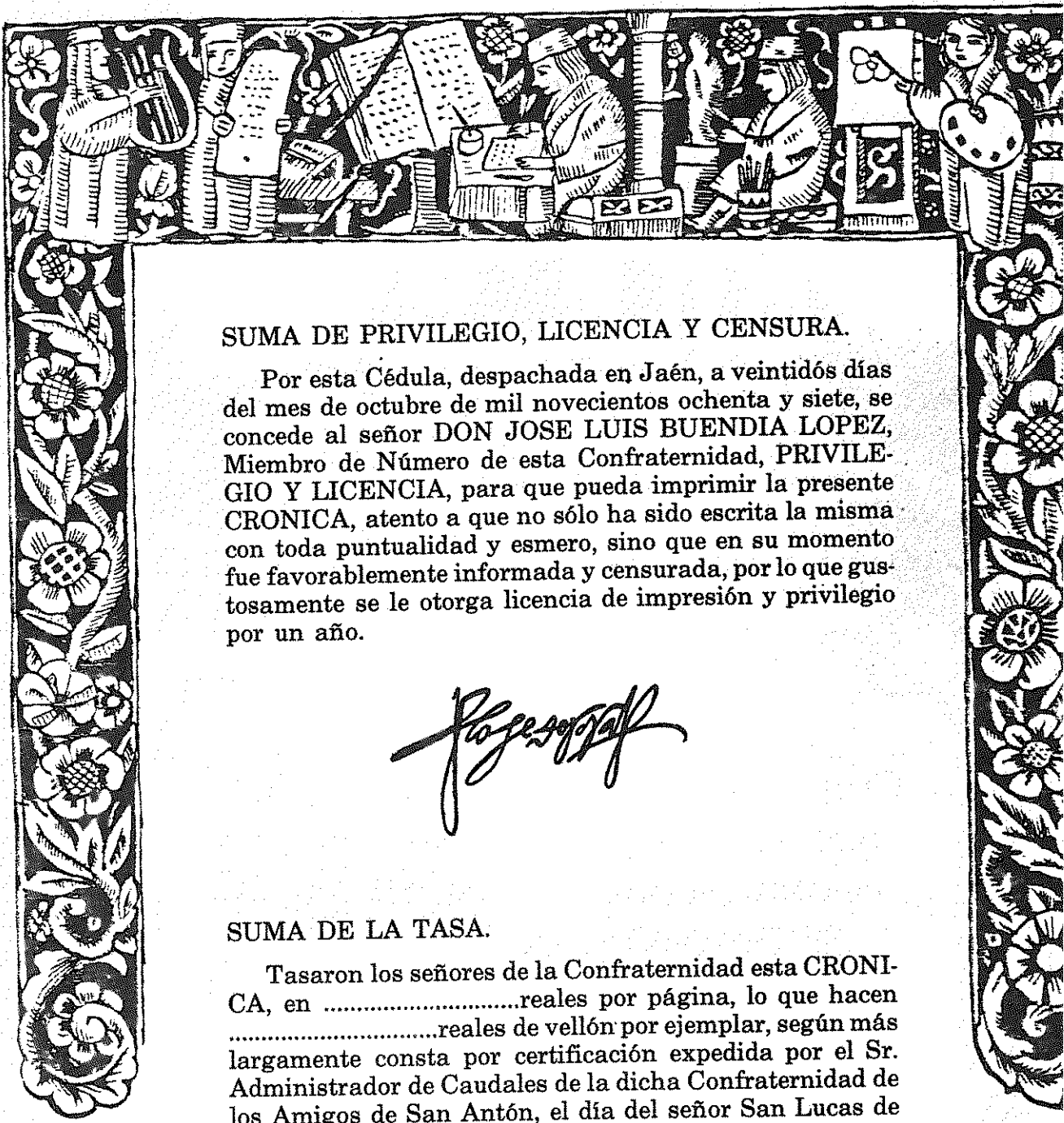
EJEMPLAR N.º 1

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.





Crónica de una muy famosa Cena,
que los “Amigos de San Antón”,
celebraron en la noche del día 24
de Noviembre de 1986, en las
estancias de la Casería de
“El Llano”, —pagos del “Zumel
Redondo”—, propiedad de
D. Eduardo Balguerías Jiménez.



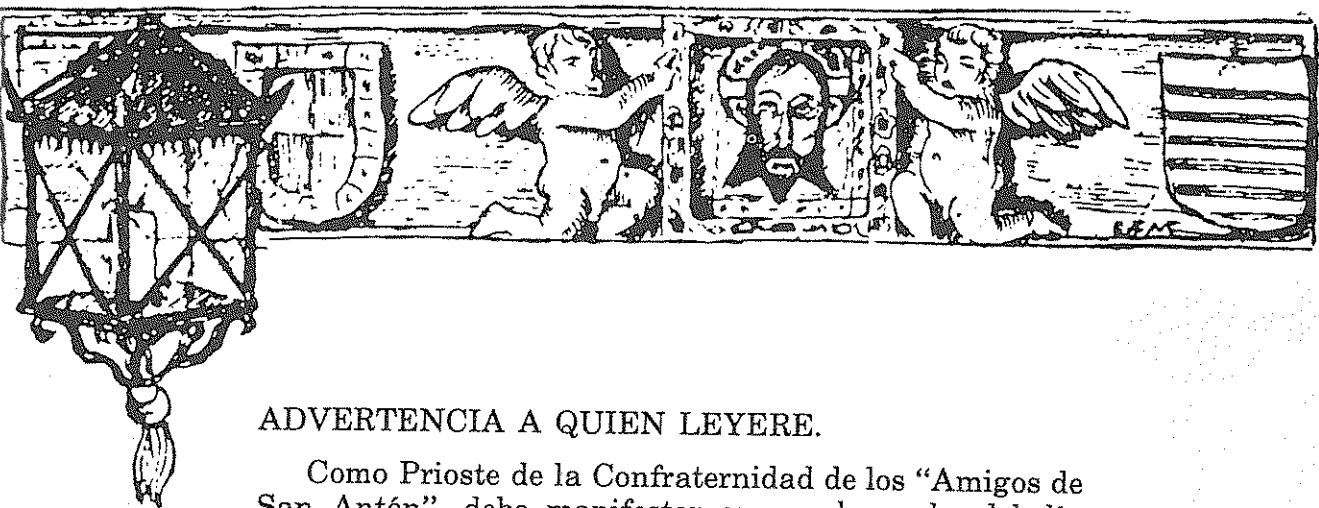
SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA.

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a veintidós días del mes de octubre de mil novecientos ochenta y siete, se concede al señor DON JOSE LUIS BUENDIA LOPEZ, Miembro de Número de esta Confraternidad, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRONICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga licencia de impresión y privilegio por un año.



SUMA DE LA TASA.

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRONICA, enreales por página, lo que hacenreales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de los Amigos de San Antón, el día del señor San Lucas de este año de gracia.



ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE.

Como Prioste de la Confraternidad de los “Amigos de San Antón”, debo manifestar que en la noche del día veinticuatro de Noviembre de mil novecientos ochenta y seis, pasado que fue el toque de ánimas y, estando reunida la Confraternidad, así de Miembros de Número como Honorarios, en las estancias bajas de la Casería de “El Llano”, en el pago del “Zumel Redondo”, de Jaén, leí cierto papel cuyo tenor es el que sigue:

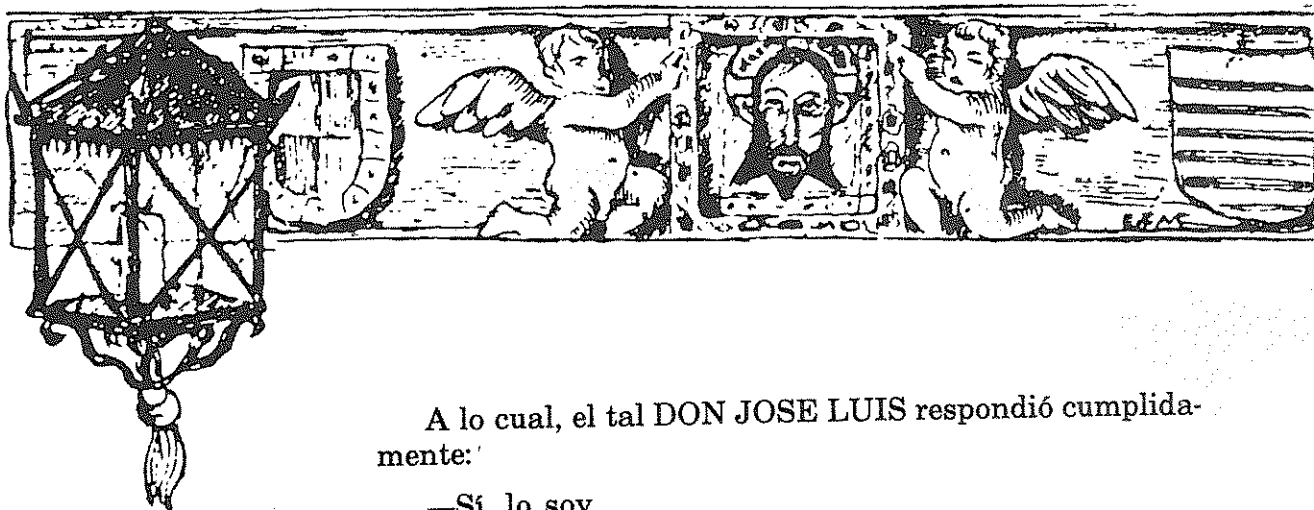
“Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación “Amigos de San Antón”, estando junta y congregada, en el Arco de San Lorenzo, como lo hacemos de uso y costumbre, para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de esta Confraternidad, el día veintidós de octubre de 1986, entre otras cuestiones se tomó el siguiente acuerdo:

“Dadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, miembro de Número de esta Confraternidad, DON JOSE LUIS BUENDIA LOPEZ, unánimemente se asiente en comunicarle el deseo de la Asociación, de que sea el Cronista o Relator, de las incidencias y pormenores del desarrollo de nuestra Cena de Santa Catalina —Cena Jocosa de 1986—, que ha de tener lugar el día 24 de noviembre venidero, debiendo ser esta Crónica, fiel y exacto reflejo de cuanto en ella aconteciere”.

Dado en la ciudad de Jaén, a veintidós de octubre del año de gracia de mil novecientos ochenta y seis.

Una vez que fue leído el dicho papel, mandé levantar al dicho DON JOSE LUIS BUENDIA LOPEZ, al que hice con la solemnidad debida la pregunta de rigor:

—Muy honorable señor DON JOSE LUIS BUENDIA LOPEZ, ¿sois conforme en redactar con fiel exactitud, todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena?



A lo cual, el tal DON JOSE LUIS respondió cumplidamente:

—Sí, lo soy.

A lo que yo como Prioste, manifesté:

—Complacidos os agradecemos esta aceptación, y os encarecemos y exhortamos a que sin dilación ni demora alguna, comencéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó Don José Luis el recado de muy buen grado, recibiendo las noragüenas y parabienes de toda la concurrencia.

Y por ser conveniente y de utilidad, yo el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



DE PIE:

Luis Armenteros, Alfonso Parras, Vicente Oya, Juan Miguel Jiménez, Pablo Castillo, Francisco Cerezo, Manuel Caballero, Diego Jerez, José Chamorro, Julio Puga, José Luis Buendía, Rafael Ortega, Juan Castellano, José María Pardo, Luis Berges, Luis Coronas, Felipe Molina, Manuel López Pérez, Angel Viedma y José Casañas.

AGACHADOS Y SENTADOS:

Fernando Lorite, Miguel Calvo, Pedro Casañas, Antonio Martos, Francisco Olivares, Antonio Casañas y Alfonso Sancho.

CRÓNICA DE LA "CENA JOCOSA" O DE SANTA CATALINA DE 1986

En Jaén está cayendo la noche. Observad como aquí la sombra se precipita desde las rocas lejanas como un felino que quisiera sorprender los tonos verdes y plata del olivar, o tal vez apagar su sed en los regatos perezosos de los huertos.

La carretera que, desde el barrio de la Alcantarilla, serpentea entre los campos camino de las cumbres de Puerto Alto y los pagos, otrora deslumbrantes, hoy herrumbrosos del Otiñar, deja entrever a su izquierda el polisón grácil y femenino del Zumel Redondo, pequeño cerro testigo que, como un centinela de otros tiempos, aguardara, celoso de su prepotente situación, no se sabe qué gestas de romancero, acaso la voz potente de siglos puestos en pie para cantar la humilde gloria callada de unas gentes que vencen a diario en la dura batalla de la vida.

Un escueto sendero que se pierde entre tierra bravía de olivares sin labranza conducen hasta la casería de "El Llano", un faro que se eleva en la pleamar de esas aceitunas que aguardan la noche de Capricornio, un oasis en el que pelean, como en eterna lid taurina, de un lado la inteligencia del hombre para hacer transitable la soledad de la tierra, y de otro, la resistencia de ésta última, que se defiende, a golpes de fronda y de fragancias otoñales, del yugo de habitabilidad que han sabido imponerle.

Acaban de apuntar las nueve de la noche. El deje melancólico de los bronceos esquilonos catedralíceos aún resonaba en nuestros oídos cuando, al tomar el dédalo de curvas que las gentes conocen como "las revueltas", Jaén se parecía más aún a una caja de música aplastada entre montañas.

Un grupo de amigos, veintisiete exactamente, que tienen como mentor a San Antón, cabalgan en la víspera de la Virgen Catalina los caminos del reencuentro. En las modernas monturas de motor y caballos de mentira, sus locos anhelos vibran a más revoluciones que las dinamos que miden su ansiosa carrera. Van, un año más, a celebrar un viejo rito, el noveno de su andadura, una cena, jocosa por su desparpajo, por la alegría desbordada que inunda el clarear de la juncia y el lentisco de los campos, pero terriblemente seria, porque no hay nada que lo sea en tan alto grado como el acompañado latir de corazones cuando preside la amistad sus más recónditas entretelas.

Un duende, el del famoso Criado Portugués, immortalizado por el poeta Baltasar del Alcázar, los ha convocado en ese día y en ese lugar para revivir las horas felices con este texto atractivo en el que late tan vivo el requerimiento de la cita que sólo dos contertulios habituales, Manuel Elías, aquejado de achaques que deseamos pasajeros, y el doctor Fermín Palma,

que ha consagrado su vida en aras de que estos desvíos de la salud sean lo más livianos posibles, se han visto imposibilitados de acudir a tan cálida invitación que rezaba del siguiente modo:

Pláceme una vez más, tener ocasión de presentar con la mayor consideración a Vuestra Merced, los respetos de mi señor Don Lope de Sosa, el que, a Dios sean dadas gracias, anda bogaño en mejor salud, talante y humor que el pasado, al haber superado su señoría la postración y males que le tenían aquejado.

Indícame días pasados, que es tiempo sobrado ya, de dar mensajería y señalamiento a los buenos Amigos de San Antón, de que anda ya cercana la fecha de celebración de la Cena Jocosas o de Santa Catalina, insiatiendo como mucho, que habría de ser menester que este año fuese más festejada que otras, por ser jubileo en los veinticinco años de fundación de esta tan jaenera Confraternidad.

Cumpliendo con el tenor de la dicha comisión y poniendo en ejecución en los mejores modos y formas el dicho encomendamiento, digo a Vuestra Merced, que tras el toque de ánimas de la noche del veinticuatro de Noviembre que vendrá, visperas de Santa Catalina Mártir, Patrona de Jaén, ha de tener lugar la dicha Cena, en la hospitalidad que generosamente ha ofrecido Don Eduardo Balguerras Jiménez, de su casería de "El Llano", en los pagos y falda del "Zumel Redondo" de este término.

Haga pues buena disposición de ánimo y acomodo adecuado en sus quehaceres y obligaciones, a fin de ser puntual en su asistencia, dando así cumplida satisfacción a mi señor, que tanto celo y mejor hacer pone en estos menesteres.

Entrególe este recado de anuncio y recordación, a veintiocho días de mes de Octubre, del año de gracia del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de mil novecientos ochenta y seis.

El Criado Portugués

Nadie, salvo los compañeros mencionados, supimos ni quisimos negarnos a tan perentoria y a la vez gratificante sugerencia. Aquí estamos todos, con el pensamiento puesto en los dos amigos que, por este año, no han podido acompañarnos. Las sombras del porche, en el que se recorta pícara una media luna de estaño vieja, deja entrever el interior de la casa, el zaguán apetitoso en el que crepitan los troncos y dejan asomar unas llamas que brillan en la noche, y, al acentuar los contrastes, perfilan, con la ayuda de las sombras, un Rembrant sorprendente, o mejor, una fragua de Vulcano en la que se recorta, Mefistofélica, la mofletuda silueta de Juan Castellano que sonríe como sólo él sabe hacerlo, provocando sonrisas a las mismísimas estatuas.

El lugar confortable, los saludos y abrazos de rigor. En medio, como antiguos catecúmenos que no se atreven a pasar el círculo iniciático, Angel Viedma y este cronista se miran y aguardan el toque de clarín que abrirá los chiqueros de la noche.

Pero no, el toque en esta ocasión es de campana, y el muñidor, Pedro Casañas, que señala hacia un rincón y nos muestra el primer regalo de una noche que tan pródiga en ellos se presiente: es la edición de la Crónica de la "Cena Jocosa" de 1985, primorosamente cuidada por la veteranía y madurez expresiva de Paco Olivares, notario fidedigno de unos acontecimientos que para nosotros tienen valor doble puesto que en aquella ocasión no fuimos asistentes al evento.

A continuación vendrían profusas libaciones, más o menos abundantes según la edad y entrenamiento de los Cofrades, no de su afición a las mismas, sobradamente demostrada en todos y en cada uno de ellos.

El Prioste pide silencio, uno de los más hermosos que se han abierto a mi alrededor porque en el aire latían vibrantes los más nobles sentimientos. Se da lectura del acta última de los Amigos de San Antón en la que éstos nombran miembros Numerarios de la Confraternidad a Angel Viedma y al que éste escribe, que, por si fuera poco el inmerecido honor, éste se duplica al recibir al mismo tiempo el encargo de redactar la Crónica que está en vuestras manos, acompañándose éste con el solemne juramento que al principio de la misma habéis podido encontrar y que recuerda las más arcanas investiduras del ritual caballeresco.

Mientras se suceden los saludos y cambio de impresiones, siento dentro de mí un calor que no proviene de las llamas: es la sensación de saberte distinguido por el amor y la solicitud ajenas, de sentirme ungido en cierta manera, rozado por las alas de algún ángel de la luz. Pedro Casañas saluda a la ya completa grey con un bonito parlamento en el que mira, antaño y satisfecho, hacia los veinticinco años que separan a los Amigos de San Antón del día de su casual y felicísima fundación, a la vez que ofrece a Don Pablo Castillo la cena del año próximo, que será la décima de las celebradas, y lo hace con palabras aladas que rozan el filo de las copas y renuevan la alegría de los caldos de la tierra.

Si con gran gozo, satisfacción y contento me he dirigido a vosotros, en momentos y circunstancias como las que estamos viviendo, con cuanto mayor gozo, satisfacción y contento no he de hacerlo hoy, en esta Cena Jocosa, Cena de Santa Catalina de 1986, fechas en las que cumple nuestra Asociación sus primeros veinticinco años.

Nos dice el Criado Portugués en su recado, que habría de ser menester, que este año fuese esta Cena más festejada que otras, por ser jubileo de bodas de plata de esta tan jaenera Confraternidad de Amigos de San Antón.

Y entiendo que así debemos hacerlo cumpliendo con esta recomendación.

Independientemente de la mayor o menor prestancia del lugar de ubicación de este acto, o de la bondad y calidad del contenido culinario de la Cena, este gran acontecer debemos celebrarlo hoy de forma muy íntima, de forma gozosa y con espiritual satisfacción.

Por este camino recorrido, por esta andadura, discreta en su actuación y perseverante en su cometido, yo creo que para todos satisfactorio, la felicitación debe ser mutua, compartida de igualitaria forma entre todos, tanto miembros de honor como de número, porque cada cual en su momento y a su manera, ha aportado el bagaje de su trabajo, colaboración, aliento, presencia, estímulo, y hasta la crítica, que en verdad, es necesaria y conveniente para un buen caminar.

No quisiera bajo ningún concepto, que mis palabras sonaran hoy con algún timbre triunfalista, porque zumbarían a necia vanagloria, ni a elogios ni a censuras personales, porque no hay motivos para ello. Es mi gran deseo, que estas palabras retiñan simplemente a grata tranquilidad de espíritu, por habérsenos dado ocasión de hacer algo positivo por Jaén. Que resuenen estas palabras, repito, en nuestra ambición y apetencia de servicio, con connotaciones de continuidad, con clara nitidez de nunca perder actualidad y con el compás monótono, pero acorde, de la perseverancia.

Han sido veinticinco años de una andadura variada y multiforme, con una primera larga etapa de gravidez, de gestación. Una segunda de tímida y discreta asomada, iniciando nuestra presencia al conocimiento público y, por fin, una tercera de cara a la sociedad giennense, basada en una actividad cultural, nunca pretenciosa de proceridad intelectual, ausente siempre de inútiles y vanas erudiciones, pero firme y sólida de una notable ilustración en actividades, que en variada gama, en abierto abanico, afectan la pluralidad temática cultural de Jaén.

El Arco de San Lorenzo, centro neurálgico y plataforma de nuestra mayor inquietud, ya con la tertulia número noventa y seis celebrada; SENDA DE LOS HUERTOS, revista cultural de la provincia de Jaén, con su número cuatro en la imprenta y las ocho Crónicas de las Cenas Jocosas,

RIPIOS DE OTRAS CENAS

Negra morcilla cenceña
bien cocida y aliñada,
rica morcilla adobada
con gracia torrecampeña.

Oh, la morcilla inmortal
de García o Villanueva,
morcilla de ilustre glosa
de Ubeda o Mancha Real.

Y el chorizo de Toriñe
que asó la serranía,
chorizo que yo asaría
en las ascuas de un anafe.

Otro chorizo serrano
el que viene de La Truela,
chorizo de alta escuela
del buen yantar provinciano.

Moradillas, cornetuelo...
de Martos, las aceitunas,
que endulzan orzas panzunas
con aguas de teja y cielo.

Bajo la luz del candil
qué rico me sabe el pan,
crema y nieve que lo han
traído desde Cambil.

M. CALVO.

Cena de Santa Catalina

1986



Amigos de San Antón
Jaén

"Y detrás, el Zúmel Alto, el que en las viejas escrituras se llamaba
Zúmel Redondo..."

Paraje entrañable de Jaén, que contemplamos mirando hacia
Puerto Alto... Zúmel Bajo, Zúmel Alto, pagos repletos hoy de
olivos y olivos, otrora de viñedos y zumacares.

Olivos en noviembre, con brillos negros entre sus ramas, en
las noches frías de luna clara.

Olivos en las cumbres, en las laderas y en las cañadas, bañados
de sudores, de fatigas y esperanzas.

Y así, entre olivares y olivares y junto al camino de la Sierra, a
la vera del Zúmel Alto y en su ladera, Casería del Llano, con
perfumes añejos de hospitalaria fragancia.

En su seno y por generoso acogimiento de su dueño D. Eduar-
do Balgueras Jiménez, los Amigos de San Antón, celebran la
Cena Jaenita de 1986, también de Santa Catalina llamada, tras el
toque de ánimas de la noche del veinticuatro de noviembre, de este
año de gracia.

Preside: Casería del Llano El Berge.

CONVITE DE ENTRADA

Garbanzos, todos
Aceitunas aliñadas,
Almendras fritas,
Paseos de Paco,
Jamón Serrano,
Queso Adobo,
Trozos de lomo adobado,
Albóndigas,
Chorizo de Carachelejo,
Croquetas caseras,
Centrosa "Alcázar Premium",
Vinos rojos y colorados.

CENA

Baratelo encorbollado,
Escribiche de Práiz

Postre:
Chocolate con Biscotelas,
Ochus y Tiras de Hojaldre,

Vinos:
Tinto de Alcalá la Real,
Blanco de Bailén.

SOBREMESA

Allajor de almendra,
Yemas de Santa Úrsula,
Anís Casullo de Jaén,
Resol,
Café de La X-4

Pan, del Molino "El Verano", de Manuel Sánchez, de Valdepeñas de Jaén.

editadas, con exponentes claros, son realidades incuestionables de nuestro quehacer. Sin ánimo de presunción: que la satisfacción que sentimos y la felicitación que compartimos, nos sirvan de abono y alimento para un mejor hacer en lo sucesivo.

La jornada que nos queda por recorrer es larga y, pese a los naturales inconvenientes que surgen y algunos sinsabores pequeños, que a veces nos llegan muy de cerca, esperamos ir coronando paso a paso este itinerario en que estamos comprometidos. Podríamos hablar de proyectos, de planes, de aspiraciones o programas..., pero creo y así lo entiendo, alumbrar las cosas cuando están cuajadas. Obras son amores.

Y por fin amigos, quisiera que entendiéramos y sintiéramos esta Cena de Santa Catalina de 1986, como Cena de acción de gracias, Cena en que compartamos todos, miembros de honor y de número, al calor de la noble amistad y de la sana alegría, la intimidad de este gozoso aniversario, con el deseo unánime y firme de la continuidad mejorada de nuestro empeño.

* * * *

También siento hoy una especial satisfacción, por tener la oportunidad de hacer la presentación de los dos nuevos miembros de número de nuestra Confraternidad.

Ni de José Luis Buendía López ni de Angel Viedma Guzmán, voy a reseñar su curriculum, toda vez que están clarísimamente señalados, al final de la Crónica del pasado año, en ese "Quién es quién" que la constancia y la paciencia benedictina de Paco Olivares ha compuesto.

Diré simplemente que son dos figuras destacadas, en sus respectivos campos profesionales, en sus habituales dedicaciones: la enseñanza, en la especialidad de literatura el uno, y la medicina, en la especialidad pediátrica del otro. No son los relativamente pocos años invertidos en sus quehaceres de profesión los que cuentan, sino la maestría y madurez adquiridas en sus capacidades de trabajo, las que les han convertido en figuras de distinción.

Los dos, giennenses de nacimiento, jaeneros natos y netos, amantes sin tasa de Jaén, de este nuestro Jaén, al que entregan de igual manera, con una mano, el generoso fruto de su profesionalidad, y con la otra no menos pródiga, el resultado de sus afanes e inquietudes, de un servicio vocacional y de obsequiosa colaboración, en los ámbitos culturales de nuestra ciudad. José Luis, aportando con el equipaje de sus producciones y colaboraciones literarias, conferencias, entrevistas, comunicaciones y participación en congresos, y Angel, con el dilatado trabajo de sus investigaciones de los Viedma en América o sus producciones cinematográficas, de todos conocidas, relativas a Jaén.

Ambos son juventud que vienen a engrosar y vivificar nuestra Asociación. Ni el pelo casi cano del uno ni la poblada barba del otro, pueden indicarnos ni mucho menos senectud. Son signos inequívocos de una juventud trabajadora, inquieta y con muchas ganas de servicio. De corazón, José Luis Buendía y Angel Viedma, sed bienvenidos.

* * * * *

Y para finalizar un pequeño apartado dedicado a un proyecto de homenaje de cariño y afecto.

Dado que el próximo año, Dios mediante, celebraremos la Cena de Santa Catalina, número diez, aparte de que deba ser más nombrada y celebrada, es nuestra intención dedicarla como homenaje de sentido afecto y admiración, a la personalidad de Don Pablo Castillo García-Negrete, miembro honorario de los Amigos de San Antón, que año tras año y pese a su avanzada edad, cosa que no importa cuando un espíritu es joven y emprendedor como el suyo, nos ha dado un admirable ejemplo con su presencia a estas Cenas, participando con intervenciones serias y jocosas, nos ha dado estímulo y aliento, estando presto siempre a la colaboración y ayuda hacia nuestra Confraternidad.

Consciente de que la unanimidad es plena en este sentido y como anticipo de la dedicación que le haremos en la Cena de 1987, reciba Don Pablo este cariñoso aplauso.

Luis Berges, menudo y habitualmente parco de palabras, rompe su silencio de ídolo antiguo y sube dos de los peldaños de una bella escalera volada que parte del salón hacia las habitaciones altas y que él mismo ha diseñado, por lo que sabe de su seguridad y que no han, por tanto, sus huesos de rodar por tierra, cuestión que nos preocupa bastante a los demás. Con voz pausada y esa emoción que en Luis brota tan desde dentro y que él sabe comunicar hasta a esas piedras que a diario transforma de materia en espíritu y significado en su ya importantísima obra, va desgranando un saludo en nombre del anfitrión, Eduardo Balguerías, forzosamente ausente de Jaén, en el cual ofrece a los asistentes la Casería del Llano que enseguida pasa a describir con la emoción de los recuerdos anudada a la garganta, ya que ella fue escenario de muchas horas inolvidables de su infancia, y a la vez con el rigor del técnico responsable de su remodelación actual. Las llamas, como un eco, reflejan esa hondura impenetrable que, año tras año, patentizan el humano ensimismamiento de este ser entrañable. Sus palabras prestan el aliento aterciopelado que nos permite a todos en segundos sentirnos en plena posesión de nuestra casa.

Enseguida, un viejo rito taurino: la seda por el percal. Es preciso que los neófitos que hemos sido alternativados por tan exigente plaza nos abramos de capa y embarquemos la embestida del incierto burel literario. Abre plaza Angel Viedma, que se cruza de cerca con una vocación historicista, que sin ser la suya habitual, él conduce con la mano baja y el corazón alante hacia cotas de rigor y perfección; va a hablarnos de un colonizador de la Patagonia, natural de Jaén y remoto pariente suyo, Don Francisco de Viedma y Narváez, que allá por el siglo XVIII fundara en el austro argentino la ciudad que lleva su nombre:

Amigos de esta famosísima Confraternidad de San Antón: Hace ahora tres años que tuve el primer contacto con las tertulias del Arco de San Lorenzo. Fue con motivo de la proyección de mi primera película sobre las "Fiestas y Tradiciones de Jaén", y ya, desde el primer momento, intuí con presteza la familiar cordialidad que se respiraba en aquel entorno y que me satisfizo plenamente. Me impresionó con viveza vuestra elegante naturalidad, desprovista del más leve amaneramiento ni artificio, y vuestra proverbial hospitalidad que hacen de todas vuestras tertulias y reuniones una agradable e inolvidable experiencia.

Me encuentro hoy entre vosotros, neófito, en esta notoria y celebrada Cena Jocoña, y es preceptivo que os exprese mi agradecimiento por mi admisión como nuevo miembro de esta Confraternidad.

Se aproxima la fecha del QUINTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA y toda España, y con más ímpetu Andalucía, se preparan para tan importante evento. Pero, como a menudo ocurre, Jaén corre el peligro de verse relegada nuevamente a su papel de "cenicienta" andaluza. La efeméride del Descubrimiento puede, en su conmemoración, soslayar injustamente a nuestra provincia. Y, sin embargo, Jaén fue también cuna de conquistadores y colonizadores de América.

Voy a referirme brevemente a un personaje trascendental en la colonización de la Patagonia. Se trata de D. Francisco de Viedma y Narváez, hijo de Jaén y fundador, en el año de 1779, de la ciudad de VIEDMA, actualmente capital de la provincia de Río Negro, en los territorios australes argentinos.

En la primavera pasada, el presidente de la República Argentina, Raúl Alfonsín, hacía pública su decisión de trasladar la capital de la nación, de Buenos Aires a la ciudad de Viedma, con objeto de potenciar la economía de esta extensa y casi deshabitada región del país.

Obviamente, la ciudad fundada por D. Francisco de Viedma adquirirá, en un futuro próximo, una insospechada importancia y su nombre rendirá perpetuo homenaje a este ilustre giennense.

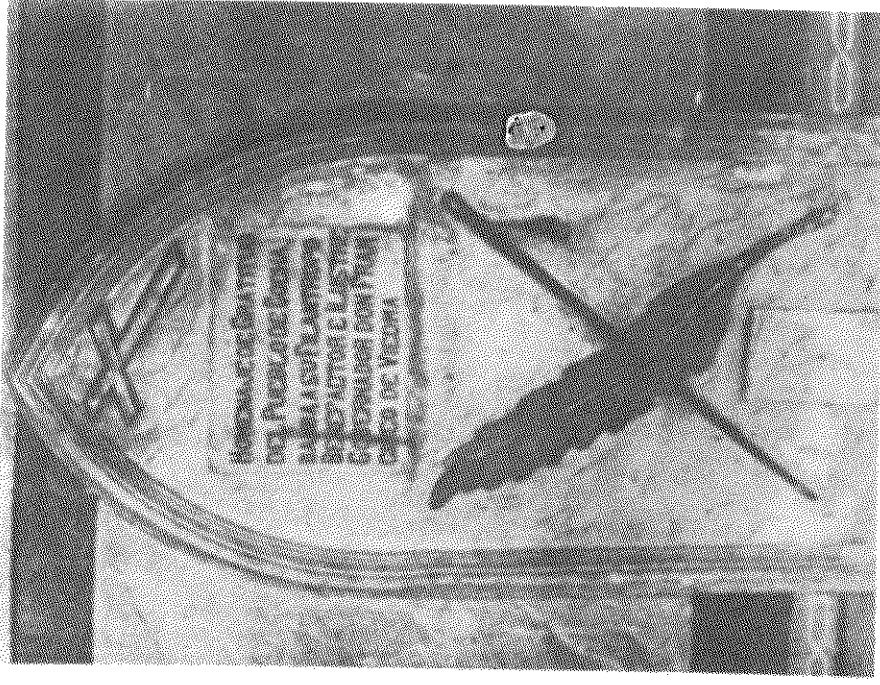
“Francisco de Viedma —dice la “Crónica Histórica del Río Negro de Patagones”— nació el 11 de Enero de 1737, en la poética Jaén, la Muy noble, Muy leal, Guarda y Defensa de los Reinos de Castilla y Excelentísima Ciudad, tan magistralmente descrita por el ilustre Francisco Pí y Margall. Pertenecía a familia de muy antiguo abolengo. Era hijo de D. Andrés Nicolás de Fernández Viedma y Narváez, regidor del Cabildo de esa ciudad, y de D.^a Luisa Feliciano Verdejo y Fajardo; y nieto de D. Gaspar Antonio de Viedma y Narváez, igualmente regidor de aquella Corporación y de D.^a Inés Felipa de Rebolledo y Rivera Ponce de León, natural de Sevilla ésta y aquéllos de Jaén. Contrajo nupcias con D.^a María Teresa Gallegos y Godino, natural de La Mancha, que no le dió sucesión...”

La Patagonia permaneció prácticamente deshabitada por los europeos hasta finales del siglo XVIII. Sin embargo, el derecho español sobre estas tierras peligraba por las continuas incursiones de los buques ingleses que pescaban ballenas y lobos marinos por las costas patagónicas y que en 1774 se apoderaron de las islas Malvinas, aunque de forma temporal.

No se hizo esperar la reacción española, gracias a la firme y decidida voluntad de Carlos III de conservar para España estas regiones, tan sólo habitadas hasta estas fechas por indios que los españoles llamaban “patagones” (pies grandes).

La Corona dio la orden de fundar fuertes sobre las costas de la Patagonia. El Ministro Universal de Indias, D. José de Gálvez, redactó el 23 de Marzo de 1778 una Real Orden para fundar un fuerte en San Julián y otro en Bahía Sin Fondo (nombre que daban los españoles al Golfo San Matías). Para ello hacían falta dos Superintendentes y se pensó en Juan de la Piedra para el primer fuerte, y para el de Bahía Sin Fondo, Gálvez nombró a Francisco de Viedma, excelente agrólogo, que aceptó, no sin oponer resistencia. A este respecto dice el escritor Pedro de Angelis: “... se excusaba Viedma ante el Ministro por las muchas atenciones de familia y por su ninguna aptitud para esta clase de empleos. Por fin, cansado Gálvez de la resistencia que encontraba en su protegido, mudó de conversación y le preguntó en qué estado se encontraba su hacienda. Viedma, que ponía todo su orgullo en pasar por el primer agricultor de Andalucía le contestó que a fuerza de cuidados había logrado llevarla a un estado de prosperidad extraordinario... Esto es, precisamente, lo que el Rey quiere que haga usted en la Patagonia —le dijo el Ministro— devolviéndole la renuncia...”

El 20 de Junio de 1778 parten Juan de la Piedra y Francisco de Viedma del puerto de La Coruña en la fragata correo “La Diligencia”. Tardaron 69 días en llegar a Montevideo.



Retrato de Don Francisco de Viedma y Narváez, con su firma autógrafa sobrepuesta. A la derecha, lápida de su sepultura en Cochabamba (Bolivia).

En el Río de la Plata chocan con la indiferencia y a veces mala disposición de las autoridades bonaerenses, que no comparten la preocupación de la Corona y desestiman la utilidad de la Patagonia.

Por fin, el 16 de Diciembre parte la escuadra española del puerto de Montevideo integrada por cinco embarcaciones: la "Madre de Dios", el paquebote "Santa Teresa", la sumaca "Nuestra Señora de Olibeyra", la goleta "Nuestra Señora del Carmen" y la fragata "Nuestra Señora del Carmen". La expedición estaba compuesta por 232 personas, 50 de ellas eran desterrados y 16 negros presidiarios.

Proa al Sur, el heterogéneo grupo marchaba hacia el rescate de la Patagonia.

El 7 de Enero de 1779 desembarcan en la actual península de Valdés y fundan el fuerte San José, pero la aridez del terreno y la escasez de agua obligan a Viedma a seguir explorando en busca de otra región más fértil, en contra de la opinión de Juan de la Piedra. Aquí comienzan las desavenencias entre ambos Superintendentes, que culminan con el regreso de De la Piedra a Buenos Aires, quedando Viedma como único jefe de la expedición.

Tras una exploración previa, por parte del piloto de la Real Armada, Basilio Villarino, durante la cual descubrió la desembocadura del Río de los Sauces (actual RIO NEGRO), el 16 de Abril Viedma y su gente remontan el curso del río y el día 22 señala el lugar donde se levantaría el fuerte y población, unas 6 o 7 leguas aguas arriba, y se daba comienzo a la obra.

Nació así el 22 de Abril de 1779 el fuerte que recibió el nombre, en principio, de "Nuestra Señora del Carmen", y que fue el origen de la ciudad de VIEDMA, actualmente capital de la provincia de Río Negro.

El 7 de agosto de 1783, tras iniciar la colonización de la Patagonia, Francisco de Viedma fue nombrado Gobernador e Intendente de Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba en el Alto Perú. Tenía tan sólo 47 años cuando llegó a la actual Bolivia. Joven, dinámico y emprendedor apenas llegó a su nuevo destino se entregó al trabajo con el mismo fervor de siempre.

El día 28 de Junio de 1809, a los 24 años de gobierno, muere en la ciudad de Cochabamba, que él llamaba la "Valencia del Perú", dejando tras sí una trayectoria llena de aciertos y una visión clara y precisa de la importancia que la Patagonia había de tener en el devenir del tiempo.

Su cadáver, amortajado con el hábito franciscano, fue depositado en el convento de San Francisco para dormir el eterno sueño al pie de los altares del Santo que fue de su ferócora devoción.

Dice la "Crónica Histórica del Río Negro", que "de sus últimos pensamientos tuvo uno para la lejana y querida Jaén, cuna suya y de sus mayores".

Y acaba la citada crónica con las palabras de Pedro de Angelis, que cierra así el juicio de su vida: ESTOS SON SUS SERVICIOS; A LOS AMERICANOS TOCA VENERAR SU MEMORIA.

Ha terminado Angel su discurso bravío y agresivo, pronunciado desde un podio que se asemeja a la arboladura marinera desde la que su antecesor Viedma divisara hace años las costas argentinas. Los aperitivos corren de unos a otros ofrecidos por manos solícitas. Uno lamenta, por su condición de cronista, atado con una mano al lápiz y al papel, no disponer de más recursos para poder catar tanto bueno como pasa ante nuestras narices: frutos secos de todo tipo, jamón serrano y queso añejo, chorizo de Carchelejo, generoso lomo adobado y un sinfín de fritos reconfortantes; eso sí, en la otra mano, deliberadamente libre, no falta el ensueño desmayado y bermejo de la copa de tinto que uno aprendió a paladear en la atalaya de Alcalá la Real un verano ya lejano. Pues está visto que ni ese placer puedo hoy saborear al completo, pues mi sueño espirituoso se ve interrumpido por la invitación del Prioste, en este caso riguroso capataz, que me indica la inexorable obligación de intervenir en la velada. Encomendándome a la bondad de todos mis amigos, les doy las gracias por acogerme entre ellos y les trazo un breve bosquejo de cómo el olivo y sus frutos, la aceituna y el aceite, rebasando el ámbito agrícola y alimenticio, han pasado a la imaginación popular y a las supersticiones de todos los pueblos.

Amigos de San Antón: el hecho de que sea ésta mi primera salida a escena en el simpático y cultísimo escenario de las cenas jocosas, me hace ser sumamente cauto en mi intervención, pues todos aquí habéis demostrado sobradamente vuestro jaenerismo, en el que va implícito el conocimiento exacto de las cosas de esta tierra.

Debido a ello quiero hablaros hoy de uno de los símbolos más representativos de la misma, por el cual nos reconocen propios y ajenos. Me estoy refiriendo al olivo, ese árbol milenario que rodea, como un viejo testigo de la historia, el recinto sin par en el que hoy nos encontramos; también del aceite, el milagro líquido surgido de su breve pero generosa entraña nutricia. Pero naturalmente no lo haré desde el punto de vista poético, tarea para la que tan mal dotado estoy, ni desde el científico, que me conduciría a herejías imperdonables; ni siquiera desde la perspectiva lingüística, labor ésta ya sabiamente llevada a cabo con éxito por excelentes compañeros de profesión.

Quiero acercarme a estas dos realidades tan jaeneras desde la curiosidad que proporciona el folklore, los viejos papeles encontrados en mil diferentes sitios y que nos enseñan curiosos datos sobre las cualidades de nuestro árbol y su fruto; no, como sería lógico, encaminados a encomiar su valor alimenticio y virtudes gastronómicas, sino jasombrémonos!, sus

mítico "mal de ojo" para el cual en Castejón (Cuenca) y en Llerena (Badajoz) se aplica a los afectados aceite en los órganos supuestamente afectados. Asimismo resultan curiosos los conjuntos y refranes que se usan para ponderar las facultades curativas del aceite de candil, en cuya alabanza veo una clarísima transposición del respeto debido a la lámpara sacramental: a) "La Virgen María, cuando por el mundo andaba, con aceite de candil todo lo curaba". b) "Con aceite de las luces no hay dolor que no se cure". c) "Con aceite de candil, curar grandes males ví", e incluso, en alguno de estos primitivos ensalmos, se mezcla el humor socarrón y un puntito escéptico, con la superstición general: "Si te duele la barriga, úntala con aceite, si no se te quita el mal, se te pondrá reluciente".

En otro orden de cosas, aunque siempre en estrechísima relación con lo expuesto, digamos que el olivo también aparece en la mentalidad popular adornado de grandes cualidades espirituales y fisiológicas a lo largo de nuestra cultura: respecto a las primeras, es de notar que ya, desde los viejos relatos bíblicos, se le aparea a la idea de fecundidad, sin duda debido al carácter longevo de este árbol, tal y como rezan los versos del salmo: "Tus hijos serán numerosos en torno a tu mesa, como brotes de olivo"; por un ramo de olivo verde conoció Noé que había amainado el Diluvio; el olivo se bendice junto a la palma y el boj con ocasión del Domingo de Ramos, etc. En cuanto a su carácter taumatúrgico y terapéutico debemos señalar que con olivo bendicen en Padrenda a los enfermos de mal de aire, y que en Pontevedra aún santiguan con sus ramos a los que padecen erisipela, igual que ocurre en Beariz, de la provincia de Orense y en Castro Cardelas, insistiéndose siempre en que el mencionado olivo debe haber sido bendecido en Domingo de Ramos, con lo cual, del mismo modo que afirmábamos en el caso del aceite, se unen el intrínseco valor simbólico de tal árbol con su añadido valor de sacralidad.

No podemos ni queremos abusar por más tiempo de vuestra infinita paciencia. Tampoco hemos pretendido ser originales en esta exposición, ya que a nuestro esfuerzo sólo se debe el haber recopilado con paciencia datos dispersos en los libros. El único propósito es haber rendido un cariñoso homenaje, otro más, a ese pequeño coloso, nuestro olivo, el cuál, alineado en fantasmagóricos ejércitos, forma el más bello paisaje que un jaenero puede soñar; tan poético en ese susurrar del viento entre sus ramas, que mereció que un día Jesucristo lo eligiera para apaciguar un instante las tremendas angustias humanas que sabía iba a padecer por nosotros apenas el aire acabara de musitar su eterna copla.

Si hasta aquí el ágape ha discurrido en la planta baja del imponente Caserío, en esta ocasión transformado en distinguido mesón, acogedor de la cordialidad y el buen humor, hora es ya de que ascendamos por esa extraña escalera sin barandilla que el ingenio de Luis Berges ha sabido

propiedades terapéuticas y hasta espirituales. En el primero de los apartados sorprende la enorme cantidad de males, achaques y hasta enfermedades mucho más serias que, se afirma en la cultura popular, son susceptibles de curación con tan succulentos remedios. La cosa viene de lejos: ya, el Apóstol Santiago en la única Epístola que escribió aseveraba: "¿Está enfermo alguno de vosotros?, llama a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor"; tal tradición de mezclar el aceite con su carácter sacro, una vez bendecido éste, encuentra en la práctica eclesial un amplio campo de cultivo, así San Eloy, obispo de Noyon en el siglo VII, o San Cesario, que lo fue de Arlés un siglo antes, recomendaban el aceite bendecido como fuente de curación, eso sí, haciendo especial hincapié en que no lo confundieran con los óleos sagrados, de uso exclusivo de la Iglesia y no autorizado para estos remedios caseros. Ahora bien, la elección de esta materia tan grata para todos los giennenses, no parece algo gratuito, sino que debe hacer cualidades naturales de la misma que así lo aconsejen, y, efectivamente, es de resaltar que de este modo lo contempla ya Sebastián de Covarrubias en su impagable Tesoro de la Lengua castellana o española cuando afirma que: "El aceite es penetrativo y traspasa adentro aunque la unción suya sea extrínseca; y es ordinario para la limpieza y la salud untarse con aceite". En toda nuestra cultura Mediterránea arraigó la costumbre de usarlo para la limpieza y embellecimiento del cuerpo, lo que, engrandeciéndolo hasta llegar al terreno simbólico, llevó a la mentalidad popular a considerar que de igual modo limpiaría lo sucio, o sea el mal, en cualquiera de sus manifestaciones, ésto es, igual serviría para expulsar demonios que para limpiar de enfermedades al cuerpo, y a esta tarea viene aplicándose desde siglos en casi todos los rincones de la geografía española, sobre todo en la modalidad que procede de la lámpara del Santísimo. Lamentamos, por la reducida extensión del presente trabajo, no poder ofrecer todas las variedades curativas en las que el aceite de oliva interviene, los productos con que se mezcla, las enfermedades que cura, etc., pero basten algunos ejemplos sacados de la curiosísima historia de la medicina popular gallega o de las sabias investigaciones de antropólogos de la talla de Bajtin o Caro Baroja: así vemos como en Pontevedra lo usan para curar la erisipela, depositándolo para su administración en una concha de vieira; en Redondela, mojando en él una pluma de ave, dicen curar el herpes. A la vez es frecuente que estas oleosas curaciones se acompañen de salmodias, exorcismos y oraciones de todo tipo: tal es el caso de Vilaboa, en donde curan las úlceras que salen en las bocas de los niños mezclando aceite de oliva, sal y carbón, mientras recitan:

Calla, que te ha de pasar
con tres granitos de sal
tres carboncitos del lar
y tres gotitas de aceite de olivar.

Así podríamos seguir hasta el infinito, hablando de su influjo curativo en el estreñimiento e hidropesía (La Coruña), la rabia (Cambados), cólicos (huerta valenciana), etc., y hasta en enfermedades esotéricas como el



Detalle de la ornamentación de las mesas: nuestro pan y nuestro aceite.

diseñar para el acceso a la parte superior de la casona. Uno teme, y así lo comunica a los contertulios, que la mezcla de tinto de Alcalá y blanco de Bailén, nos juegue a la bajada una mala pasada que dé con nuestros huesos en tierra, dejándonos tullidos como lana tras los oficios del tundidor. Pero para alejar ese y otros posibles accidentes, nuestro Consiliario, Padre Casañas, bendice la mesa y pronuncia enseguida esta extraña oración, sacada, nadie sabe de qué arcano tratado de brujerías o manual al uso de soldadesca y trujamanes, que sorprende al mismo bacalao que, sabidamente encebollado, nos lanza agresivas tufaradas desde la cocina.

ORACIÓN PARA ANTES DE LA CENA JOCOSA

*Señor San Antón Abad:
los aquí cenantes, tus amigos
alrededor de esta mesa reunidos,
rogamos de tu amistad
que nos mantengas siempre unidos.*

*Que, como a nuevo rebaño
nos quieras apacentar
este año y otros años...*

*Y, como broche final,
pedimos en común consenso,
bendigas este humilde pienso
que vamos a trasegar
regado con vino espeso.*

AMEN

Los comensales no sabemos si santiguarnos o aplaudir ante oración tan combinada de elementos piadosos y picarescos; miramos de soslayo a Don Manuel Caballero y al ver la tranquilidad de la ortodoxia en su avezada experiencia de Prior excelso, nos convencemos de la bondad de aquella y de que en absoluto corren peligro nuestras almas de empecatarse con su rezo, así que decidimos adoptarla para agápes futuros y, sin más escrúpulos, atacamos el pan más descomunal y pictórico que estos ojos hayan visto jamás. El efecto del noble alimento, con olor a horno y a madrugada, combinado en la mesa con los ramos de aceitunas negras, forman un paisaje campestre irrepetible del que, a buen seguro, toman buena nota Alfonso y Paco, Luis y Julio, los artistas plásticos de nuestra Confraternidad.

Hermosa la vajilla sobre la que ya asoman los gruesos trozos de bacalao encebollado; al concluir la cena cada comensal llevará su parte a casa como un trofeo de caza irrepetible. Desde ella el proteínico alimento

reclama vino en cantidades industriales, aunque nosotros, de natural morigerado, se lo damos tan sólo en la justa proporción que su puntito salado reclama. En esta tarea nos encontramos cuando, de repente, asistimos a un tránsito genial. No, no es que nadie haya entrado en éxtasis, ni que pensemos mudarnos. El ambiente en absoluto ha decaído; al contrario, ahora, agrupados en pequeños grupos de trabajo, a manera de sensatos Seminarios Gastronómicos, la conversación fluye mucho más alegre y vivaz. El mencionado tránsito lo aporta Luis Coronas, quien con su proverbial lucidez investigadora ha estudiado precisamente cómo era el tránsito rodado en el Jaén del siglo XVII, fecha en la que éramos casi niños la mayoría de los allí reunidos, por lo que el bello apunte de Luis tiene el mérito de refrescarnos los inmensos desvanes de la memoria colectiva:

En esta noche en la que todos los cofrades de la confraternidad "Amigos de San Antón" nos hemos visto obligados al uso de vehículo con ruedas para llegar a esta casería de "El Llano" de don Eduardo Balguerras en el Zumel Redondo no está de más que hagamos una pequeña mirada retrospectiva en el tiempo. Pongamos nuestros ojos en el Jaén distante de nosotros tan sólo tres siglos y conozcamos algunos problemas del tránsito rodado en la ciudad; y digo tránsito por consejo de nuestro cofrade Alfonso Sancho que me tiene más que aleccionado en el empleo de esta palabra ya que decir tráfico me estaría refiriendo a intercambio de mercancías y no a la circulación viaria.

Las principales arterias de la ciudad eran las dos Maestras, Alta y Baja, y las calles Llana y Ancha. Los grandes espacios eran las plazas de Santa María, San Francisco, de la Audiencia y el Mercado. Algunos campos y campillos de escasas dimensiones servirían para aparcamiento de vehículos si hasta ellos podían llegar. Calles estrechas y callejuelas, muchas sin salida, la mayoría empinadas, impedían el tránsito rodado.

Sé, estoy seguro porque así lo dice un acta de cabildo municipal de 3 de Agosto de 1665, que la calle Maestra Baja tenía un tránsito tan intenso que se originaban a veces atascos; se comprende esto porque era vía de doble circulación; el estrechamiento de la calle en algunos cortos tramos obligaba a parar un carruaje en un ensanche para que pasase el que venía en sentido contrario. Era evidente que la calle Maestra Baja no debía perder ni siquiera una vara de su anchura ya que las dificultades para el tránsito rodado serían aún más frecuentes.

No obstante, el escribano mayor del Ayuntamiento Antonio Pérez Callejón pretendió tomar algunas varas cuadradas de la calle para ampliar su casa; vivía este hombre frente al convento de Los Angeles, que ocupaba el solar donde hoy se levanta la Escuela de Artes y Oficios, bella construcción de nuestro cofrade Luis Berges. La razón que daba al escribano para ampliar la superficie de su vivienda era que la fachada se ali-

nearía así con las casas inmediatas. El Ayuntamiento vió en el cabildo de 21 de Agosto de 1665 un grave peligro; si se accedía a la petición del escribano se perdía uno de los lugares de la calle en donde se cruzaban los coches sin dificultad y quedaba un largo tramo entre la Coronada y la plaza de la Audiencia estrecho, lo que originaría a largas detenciones de vehículos en uno y otro lugar. Pensamos que hubiera tenido que regularse el tránsito con semáforos, al modo como hoy se hace en la calle Los Alamos, pero no existiendo tales artilugios con cambios de colores se tuvo que decidir por rechazar la pretensión de Pérez Callejón con lo que los propietarios de coches del Jaén de aquel tiempo pudieron respirar hondo.

Estos señores ya habían visto catorce años antes resuelto un punto negro en el tránsito rodado de la ciudad; era la calle o cuesta de Los Angeles que ponía en comunicación las dos Maestras en donde se sucedían los atascos y se generaban conflictos y pendencias entre cocheros y lacayos. El Ayuntamiento no tuvo entonces la idea de hacer patonal la Cuesta de Los Angeles a pesar de que estaba invadida de vendedores ambulantes, la mayoría plateros. Era evidente que de haber pensado en esta solución hubiera tenido que abrir otra vía compensatoria entre las dos calles Maestras lo que exigiría mucha imaginación de los caballeros veinticuatro.

Para hacer más fluído el tránsito el caballero veinticuatro don Alonso Vélez proponía el 14 de Agosto de 1651 que se prohibiese la venta ambulante en la Cuesta de los Angeles y que se permitiese a los vendedores el establecimiento de puestos en la plaza de la Audiencia. Esto, supongo, reduciría el aparcamiento de coches en este espacio, pero deduzco por mis lecturas que entonces el problema era transitar y no el de aparcar. Don Alonso Vélez se preocupó de evitar los embotellamientos en ese lugar y lo consiguió; posiblemente su empeño se debía a que era propietario de coche.

Por último nos queda preguntarnos ¿habría muchos coches en Jaén? No he encontrado censo de vehículos, pero conozco los nombres de algunos propietarios; además de don Alonso, estaban entre éstos el arcediano de Jaén, el conde de Villardompardo, el conde de Torralba, en cuyo coche fueron secuestrados sus hijos cuando finalizaba el siglo; eran felices poseedoras de coches las familias Salto y Cobaleda. El obispo don fray Juan, por los años ochenta tenía dos coches aunque uno estaba averiado, pues le faltaban dos ruedas.

No todos podían tener la cochera en su casa por diversas razones (de espacio o de dificultad de paso) y por ello se disponían algunas adosadas a la muralla pagando censo al Ayuntamiento.

Para computar la intensidad de tránsito por las calles de Jaén debemos tener presente no sólo a los coches sino también a los carros que hacían el papel de camiones y motocarros; y para hacernos una idea de los problemas que dificultaba la circulación viaria añadamos las sillas de mano, las literas, los que transitaban a caballo o en mulas. Y para hacer más complejo todo esto pensemos en los peatones, sufridos y anárquicos, y en los cerdos, que también éstos deambulaban por algunas calles, entre ellas La

Carretera, sin el menor miramiento, a pesar de que estuviese prohibido y se debiese multar a sus dueños según las Ordenanzas Municipales.

Juan Castellano, entre la desaprobación y rechifla general sugiere, una vez concluidos los aplausos y felicitaciones al ponente, que los Amigos de San Antón propongan al Ayuntamiento que se vuelva en Jaén a esa austeridad rodada que nuestro amigo Luis acaba de recordar, para garantizar así la integridad de nuestros monumentos y hacer más llevadero el paseo nocturno que con su perro Tobi efectúa a diario por las calles de la dormida ciudad. La propuesta es derrotada por unanimidad con el único voto a favor del ponente, que, algo mosqueado, se pone a despotricar sobre la desacertada política urbanística de los municipios. Poco le duraría el enfado, porque unánime es también la expectación que al filo de la media noche, cuando ya la Santa Catalina anuncia la inminencia de su abrazo con todos los jiennenses, despierta la intervención de Rafael Ortega Sagrista, que tanto sabe de misterios y embrujos olvidados, de viejas recetas y costumbres, del vivir ignoto de un Jaén que se oculta entre la bruma. Su lección de hoy, dicha con su impagable sentido del humor, versa sobre la personalidad de Don José de Acuña y Gómez de la Torre, fundador del curiosísimo Partido Mesocrático Universal, cuyo emblema en el que se entrecruzan cuchara, cuchillo y tenedor, luce Rafael en la solapa a manera de miembro de una estudiantina universitaria, lo que le confiere un aspecto de tuno doctoral y mayestático:

Queridos Amigos de San Antón y asociados a tan docta Confraternidad.

Hace un par de años dije en la cena servida en la torre del homenaje del Castillo de Jaén, que tenía pensado hacer una excepción y referirme a algo muy ajeno a esta Asociación: Hablar de política.

Pero me fallaron ciertos datos y el empeño quedó para otra oportunidad. Y la ocasión es la presente noche en la que voy a tratar de política de Jaén: política pasada, de antaño, casi olvidada. Ni de derechas ni de izquierdas.

Por eso a esta Cena Jocosa acudo con un emblema político en el ojal de mi solapa, emblema inofensivo y muy apropiado al yantar que celebramos: El emblema del Partido Mesocrático Universal, fundado en los años treinta por don José de Acuña y Gómez de la Torre. Emblema en el que se entrecruzan, sobre fondo granate, la cuchara, el tenedor y el cuchillo en metal plateado. Pero un cuchillo de punta redonda, no apto para acometer



Inicios de la Cena... un primer plano de Manuel Caballero, Luis Coronas y Juan Miguel Jiménez.

ni para herir. Y a los flancos las letras M y U: Mesocracia Universal. Símbolos inspirados en los que por entonces ostentaban los tunos de las estudiantinas al frente de sus bicornios, horizontales.

Yo llevé este emblema muchas veces en las solapas de mi juventud porque me unía cierto parentesco lejano con don José de Acuña; le conocí en persona y hasta le traté superficialmente, dado que nuestras diferencias de edad eran notables. Distintivo hecho en Londres, a donde Acuña iba con frecuencia, entre otros motivos a vestir correctamente, como los más clásicos caballeros británicos.

Dos facetas hay que considerar en este hombre público, un tanto ignorado hoy, aunque la prensa lo saca del olvido cuando menos se piensa, tratándole como un político extraño y raro, y se dicen de él numerosas inexactitudes.

Primero hay que considerar su vida privada. Luego su actuación política. Ambas se complementan y su entorno particular explica su ideología.

Pepe Acuña perteneció a una distinguida familia. Diríamos que a una noble familia. Su padre, don Antonio de Acuña y Robles, baezano de origen, era militar. Un militar que participó en política por el partido liberal, y fue gobernador civil de Zaragoza. Hombre de mundo y emprendedor, fundó en Jaén el círculo de La Peña que en su tiempo fue el casino de los señores, como en Baeza lo era el círculo de La Amistad. Por eso, en aquel elegante y confortable salón de La Peña, figuraba su retrato al óleo pintado por Tamayo.

La madre de Pepe Acuña fue doña Purificación Gómez de la Torre y de Bonilla, retratada por Nogué, de estirpe giennense, lo que dio lugar a que la familia se asentase en esta capital, en una hermosa casa de la calle Mesa, con jardín de naranjos. Casa que fue reformada en el estilo regionalista andaluz, con patio de mármol y montera de cristales; noble escalera también de mármol blanco, y sobre la puerta de entrada, una marquesina de hierro y cristal. La vivienda hallábase alhajada lujosamente, con sólidos muebles, chimeneas francesas, cuadros de lienzo, espejos, reposteros, armas y pistolas de duelo. Los Acuña tenían dos coches de caballos: un faetón que cerraba muy bien y un vis-a-vis, aparte de un automóvil muy potente marca Citroen.

Del matrimonio Acuña y Gómez de la Torre nacieron seis hijas y un solo varón. Las muchachas que se casaron hicieron muy buenos enlaces, algunas con títulos del reino. Pepe Acuña permaneció célibe, aunque con frecuencia, y sin tener novia, organizaba despedidas de soltero, invitando a sus amistades a las que ofrecía generosamente sabrosos convites.

Don José de Acuña nació en Barcelona el 11 de Junio de 1889. Cursó con máximo aprovechamiento la carrera de ingeniero de caminos, canales y puertos, que terminó cuando sólo tenía veintiún años, siendo destinado a Madrid. El año 1916, por gracia Real, se cruzó caballero de la Orden de Calatrava y en 1927, luciendo el manto blanco de dicha Orden militar, le hizo un gran retrato al óleo el célebre pintor Valentín Zubiaurre, amigo personal suyo que también le pintó en atuendo de cazador.

Como ingeniero fue un hombre de inquietudes e inventó un carro de combate y diversa maquinaria agrícola, lo que le valió algunos premios.

Personalmente era Pepe Acuña alto, de cabellos rubios, ojos claros, atildado y muy cuidadoso de su figura. Atendía con detenimiento a su peinado y bigote, a sus manos y vestuario. Caballero elegante, fino y cortés, usaba ropas de hilo en verano; trajes y abrigos de corte impecable, que completaba con sombreros adecuados. Le recuerdo, como si estuviera viéndole, en un duelo familiar, tocado con un sombrero hongo o bombín cuando ya nadie lo usaba en aquellos albores de la República.

En 1931 fundó en Jaén la Unión Mesocrática Universal, cuyo teorema básico era que "el hombre civilizado tiene perfecto derecho a vivir sin trabajar". Para él era fundamental distinguir entre lo necesario y lo superfluo. "Trabajar para vivir, luchar por lo necesario, es un suplicio porque es forzoso. Trabajar para gozar, pelear por lo superfluo, es un placer, porque es voluntario", pensamiento que formaba parte del Decálogo Aforístico de su Filosofía Armonista. "El hombre —decía— es el único ser de la creación capacitado para contrariar todas sus leyes menos una: la Ley de la Armonía Universal".

Propugnaba la implantación de la "Papilla integral", que era un alimento completo que se daba gratuito y se repartía en unos aparatos a modo de surtidores. Tratábase de un condimento de sabor anodino, que sin repugnar, tampoco era apetecible, y se suministraba a los necesitados para que sobreviviesen; pero aquellos que quisieran gozar de comidas exquisitas o "superfluas" habían de trabajar, tal como él postulaba en su "Muestrario de Filosofía".

Todos los documentos de su asociación política los fechaba en relación al año de 1931 en que la había fundado. Así, por ejemplo, el de 1934 lo titulaba "Año IV de la Era Mesocrática", o sea, del gobierno de la clase media, por lo que a veces se le tachaba de "centrista" en crónicas políticas. El signo de reconocimiento mesocrático universal consistía en llevarse a la altura de la sién derecha los dedos índice, medio y anular de la también mano derecha.

Era un hombre dadivoso y todos los meses apartaba de su sueldo una cantidad importante que repartía a los pobres, que lo esperaban a diario en el trayecto de su casa a la Jefatura de Obras Públicas, menesterosos que él socorría con largueza en aquellos tiempos de miseria. También atendía con desprendimiento a sus amigos, a los cuales obsequiaba con frecuencia. Así, conservamos la invitación a un almuerzo "íntimo y campestre" que ofreció al "selecto congénere Ramón Fernández Mato", entonces gobernador civil de Jaén, y a otros amigos próximos, en la huerta de San Juan de Dios, su "albergue provincial", en Los Villares, el 18 de Noviembre de 1934.

En aquella invitación se autotitulaba como el Filósofo y Profeta "ASUMU", regalando a los concurrentes una fotografía en la que se representaba de "profeta", con el pelo crecido y una lengua y abundante barba ondulada y bigote postizos. También, en el ángulo superior izquierdo de la invitación aparecía la bandera mesocrática, con el lema "ASUMU"; la "Fór-

mula Nutritiva" o menú; instrucciones para el uso de esta papilla, y el Muestrario de Filosofía Armonista. A todos los convidados llamábales "congéneres" en lugar de "señor" o de "don".

** * * **

Al advenimiento de la República de 1931 inició su vida política creando la UNIÓN MESOCRÁTICA UNIVERSAL. Y de hecho aceptó el nuevo régimen. Su ilusión era ser elegido diputado a Cortes por Jaén, en lo que invirtió considerables sumas de su patrimonio particular.

Cuando llegaron las elecciones generales de noviembre de 1933, se presentó a diputado por tercera vez haciendo un alarde de propaganda al estilo americano como nunca se había visto. Editó grandes carteles en los que figuraba su fotografía de medio cuerpo, con un puro humeante en la mano izquierda, e indicando con los tres dedos centrales de la derecha, que se ofrecía por tercera vez a la provincia para representarla en Cortes, como "especialista único en soluciones, remedios y recursos inmediatos contra el malestar y paro forzoso de los trabajadores de todas clases".

La gente decía que aquel ademán significaba que prometía tres duros y un puro al que le votase.

Por otra parte, representabase como independiente; de ahí el dicho que por muchos años quedó en Jaén, cuando una persona hacía alarde de imparcialidad: "Yo, independiente como Acuña".

Intentó integrarse en alguna de las coaliciones políticas que se presentaron, aunque conservando su independencia. Pero al no conseguirlo, acudió en solitario y volvió a quedarse sin acta, aunque obtuvo muchos votos.

Y aunque anunció que si no la obtenía, abandonaba definitivamente su empeño, volvió a presentarse en las elecciones de febrero de 1936, encuadrado esta vez en la coalición de las derechas, figurando en los carteles su fotografía sobre los colores de la República. Entonces, por fin, salió elegido a la cabeza de la minoría con 133.991 votos.

No obstante, de poco le valió su triunfo en aquellas fatídicas Cortes del Frente Popular, pues a los cinco meses de su elección, se inició la guerra civil, y la oposición fue barrida del Parlamento.

En aquellas fechas estaba Acuña destinado en el Ministerio de Obras Públicas, sección de Ferrocarriles, y otro ingeniero de caminos, F. N., compañero suyo, que vestía muy mal y le envidiaba por su señorío y elegancia, le denunció y Acuña fue a parar a una checa. Condenado a muerte por el delito de haber sido elegido diputado en una coalición de derechas, le sacaron una madrugada para matarle. En el trayecto repartió el reloj de pulsera y cuanto llevaba a los que le conducían. Entonces, uno de ellos, que había sido guardia de asalto en Jaén, le reconoció como "el padre de los pobres de la ciudad", y convenció al otro para que lo soltaran. De esta manera salvó la vida y a las cuatro de la mañana llegó a casa de su hermana Carmen, cuya familia llevaba varios días sin saber de él.

Y allí, en aquel Madrid de guerra, de hambre y de horror, los Acuña se refugiaron en una casa de la calle Jorge Juan, domicilio del Conde de Toreno, padre de un cuñado de Pepe. Se juntaron treinta y dos personas que padecían tan extremada dieta, que tocaban a once garbanzos cada uno en el cocido diario. El viejo Toreno murió de hambre y el mismo camino siguió Mercedes Acuña.

Tras un sin fin de penalidades, José de Acuña logró evadirse de Madrid y pasar a Francia y a la otra zona.

Reintegrado a su destino del Ministerio de Obras Públicas, fue denunciado en Jaén por "rojo", denuncia presentada por un miembro de la guardia civil apellidado M. M. Empero, su hombría de bien se impuso y salió adelante. Pero su salud se quebrantó. Habían sido muchas las desilusiones, las ingratitudes, los peligros, las envidias, las necesidades físicas...

Recuerdo la última vez que le ví. Era una tarde fría, gris, airosa, de tiempo revuelto. Estaba en mi casa de la Carrera, mirando a través de los cristales del balcón, la calle desierta. Entonces pasó Pepe Acuña. Atravesó la calzada de grandes adoquines, y bajó por la acera enlosada del teatro Cervantes. Había adelgazado y envejecido prematuramente. Su figura elegante, arropada en el abrigo, las manos en los bolsillos y el rostro impasible bajo el ala del sombrero, denotaba más pasado que presente.

A poco falleció en Madrid, el 6 de Marzo de 1941. En su despacho del Ministerio sufrió un desvanecimiento. Lo llevaron a casa de su hermana Carmen donde murió. En el trayecto había desaparecido el reloj y la sortija...

Y en Madrid fue enterrado. Tenía cincuenta y un años.

De lo expuesto se puede sacar una visión sucinta de quién era don José de Acuña y Gómez de la Torre, y de su Mesocracia Universal, fantasía íntima que persona muy allegada a él calificó más de rango humorístico que de otra cosa, aunque su tesón y su simpatía, consiguieran, al fin, sacarlo diputado independiente por Jaén y su provincia.

La guerra y la muerte de don José de Acuña, acabaron con aquel partido casi unipersonal, y nada quedó de la Mesocracia. Quizá sólo el vivo ejemplo y la realidad efímera de esa pretensión que embarga a tantos españoles: ser cabeza de un partido político, aunque se carezca de afiliados. O dicho con otras palabras: la pasión íntima de mandar, de dirigir.

Acuña, por lo menos lo hizo con gracia y humor, con distinción y buenos deseos de servir a los giennenses y sin perseguir lucro alguno, que él, muy señor y bien situado, no lo precisaba.



JOSE DE ACUÑA
INGENIERO

TERCERA VEZ A LA
PROVINCIA DE JAEN PARA REPRESENTARLA COMO

DIPUTADO A CORTES

UNICO EN SOLUCIONES
REMEDIOS Y RECUPERACION INMEDIATA CONTRA EL MALESTAR Y
DE LOS TRABAJADORES DE TODAS CLASES

PARO FORZOSO

ELECTORAS. ELECTORES. ¡VOTADME!

Anverso y reverso de una propaganda electoral de Don José Acuña Gómez de la Torre.

MUJERES Y HOMBRES DE JAEN

¡Electoras! ¡Electores!

Amigos míos: De puta casta jiennense, siempre pensando en Jaén, luchando siempre por la prosperidad de esta tierra querida, le he dedicado, especialmente, interviniendo, los diez últimos años. ¡Los mejores de mi vida!

En tan largo período, he sido, sin tregua ni reposo, el representante espontáneo, el agente efectivo, el diputado sin acta, por la provincia de Jaén.

Ahora quiero el acta, necesito el acta, para continuar siendo el diputado de Jaén, con la máxima eficacia y plenitud. Pero todo tiene un límite: si no me la otorgáis, abandonaré definitivamente mi empeño, porque así no puedo seguir. Es superior a mis fuerzas luchar por Jaén en las desfavorables condiciones que lo he hecho hasta ahora.

Yo no soy político. Yo no quiero ser político a la antigua usanza. Yo no quiero verme obligado a supeditar los intereses de mis patrias grande y chica, a la disciplina y a los intereses de un partido. Por eso no milito en ninguno.

Pero he ayudado y puedo seguir ayudando a todos; cuando tengan razón. Deseo y espero figurar en todas las candidaturas de todos los partidos y que ellos figuren en las mías también.

Quiero ser, debo ser, el aglutinante humanitario y cordial, de la representación en Cortes, que en definitiva resulte para la provincia de Jaén.

Por tanto, estoy dispuesto a la alianza electoral con todos los partidos, pero haciendo constar, expresamente, que cualquiera que sea la compañía en que al final pueda aparecer, siempre será sin compromiso de ninguna clase para mi actuación en el Parlamento.

Sólo os pido 0,10 de voto, una décima parte de vuestro voto, un voto de los diez que os concede la Ley.

Sólo pretendo ser uno de los diez nombres de la lista que podéis meter en la urna.

Dadme un voto y haced lo que queráis con los nueve restantes.

Preparad con anticipación vuestras papeletas, que deben ser de papel blanco y liso, sin rayas ni cuadrícula de ninguna clase, de forma rectangular, de 11 por 16 centímetros. En ellas se pondrán los nombres en columna unos debajo de otros.

Si el día de la votación no tenéis hecho lo que aconsejo, tomad la papeleta más simpática entre las que os ofrezcan los agentes de los distintos partidos y escribid con letra clara en la cabeza de la lista, mi nombre y apellidos, tachando al mismo tiempo el nombre o nombres que os fueran poco gratos.

¡Gracias! ¡Mil gracias anticipadas de vuestro paisano, que sólo aspira a que todos seáis felices!

JOSÉ DE ACUÑA.

Jaén, 1.º de noviembre de 1933.

(Cedido por Rafael Ortega y Sagrista)

Ante tan fantástico personaje como el que acaba de sernos descrito en la medianoche campestre, uno engulle demasiado aprisa los succulentos restos del bacalao, no vaya a ser que se presente el descomunal Acuña, pícaro y señor, hábil como buen político y acabe también en pantagruélico desmán con nuestra pitanza. En el cambio de platos reina la anarquía más ordenada que nadie pudiera preveer; si bien la conversación es libre y distinta en cada mesa, todas tienen un común denominador que es este Jaén de nuestros amores que, afuera, tiritita de frío y en el que la luna va juntando un blanco cendal que, de madrugada, ceñirá la peña del Castillo, como un albo cinturón con el que la naturaleza adornara la escueta cintura de la mártir Catalina.

Desde la cocina cercana llega ese aroma campestre que siempre acompaña al claro escabeche de nuestra tierra; en él la perdiz, que ya sobrevolara anteriores Cenas Jocosas, naufraga como Narciso en su fuente, asombrada de los encendidos elogios que los Cofrades le dedicamos. Como si quisiera removernos más aún los jugos gástricos, Felipe Molina, otrora tan señorón y comedido, se acuerda del talante jocosos de la Cena y pone su pluma al servicio de una gula mal disimulada, quizá el pecado capital peor sobrellevado por los cofrades Sanantonianos, par cantar en verso, ¡ahí es nada! al ochío y al pan y aceite jaeneros:

Paulo maiora canamus, pidió al poeta de Mantua, quizá con pizca de ironía, cuando iniciaba la lírica aventura de sus églogas.

Siguiendo su consejo, hermanos sanantonianos, he intentado también yo, desaplicado discípulo de tan grande maestro, empezar a cantar cosas más grandes.

Encarecí a mi musa que me deparara temas elevados y que me diera formas elegantes donde exponerlos y representarlos a esta Academia, que yo le anticipé severa, y que ella, reticente y sin duda mal informada, me la desmintió epicurea.

Aferrada a su equívoco, o pensando, tal vez, que en ágora como ésta en la que nos reunimos y después de hacer los honores a tan copiosos y refinados "gastrotemas" (perdónese el neologismo), no convenía distraer la atención —o la digestión— de Vds., me dictó estos disparates, asegurándome que eran de tanta elevación que escucharíais con los ojos en blanco y con las lenguas hurgándoos los paladares.

Estos fueron:

Añoranza y canto del antiguo ochio, hoy, como tantas cosas, desvirtuado.

*A cantar —y a catar— te desafío,
musa de versifetos comadrona,
la masa que en parnasos de tahona,
convierte a Apolo en confitero pío.*

*Dorado aceite en harinado río,
unos granos de anís que la sazona,
y la trenzada rima se corona
en la redonda estrofa del ochío.*

*Con calor de rapsoda la recita
el vestugo de olivo que la hornea,
para hacer más golosa su lectura.*

*Pero sólo este pueblo que la edita,
¡Oh musa!, con deleite saborea
la ochiada, la inmortal Literatura!*

* * * * *

*Elogio del buen gusto y del sencillo yantar en el “canto” de pan y
aceite.*

*Quédese para recios paladares
la encarecida fama del jabugo,
y a los finos gaznates dése el jugo
máspreciado de exóticos lagares.*

*Al sencillo apetito de estos lares,
donde a Minerva detenerse plugo,
una alcuza de pringue y un mendrugo
se le antojan carísimos manjares.*

*Mas, ¡por Zeus!, que no es cicatería.
Heliogábalo mismo no hallaría
en su copiosa meta igual deleite,
como el ir decorando, a dentelladas,
con cicatrices blancas y doradas,
un canto colosal de pan y aceite.*

* * * * *

Y ya está.

La perdiz desaparece triturada entre unas fauces excesivamente motivadas por los versos de Felipe; nunca un vuelo tan noble tuvo un final tan fulminante. Pero el volátil terminaría sus horas en la tierra acompañado de una música celestial: Antonio Martos, al revés que nuestro anterior vate Molina, en vez de deleitarnos con sus burlas, con sus quiebros ripiosos sobre tal o cual aspecto de nuestra cotidiana convivencia, cambió esta vez

el verso por la proa y en el comedor se coló de pronto todo el sano costumbrismo de su barrio de San Ildefonso, el vivir pausado de las calles del Arroyo o Empedrada, al andar cansino de las aún existentes recuas de mulas. Evocaba Antonio el portal de aquellas casas humildes, ámbito de labores domésticas, de ajetreos inacabables, de besos robados a la novia con un ojo puesto en ésta y el otro en la habitación de la sala cercana por si aparecía la suegra. La sencilla, que no simple prosa, de nuestro amigo, colmaba de aires nostálgicos el fin del segundo plato:

Distinguidos amigos:

Nuevamente, y sin ningún merecimiento para ello, me veo ante tan esclarecida audiencia. Que Dios perdone mi desvergüenza y a Vds., se lo tenga muy en cuenta.

En esta mágica noche en la que todo es posible gracias al poder del recuerdo, espumando entre ellos acude a mi memoria, como si de un escenario se tratara, uno de los muchos portales de labradoras casas como había en mi muy amado barrio de San Ildefonso.

La casa estaba enclavada a la mitad de una calle de empinada traza y empedrado suelo entre cuyas juntas crecía la hierba.

Oscuro y labrado bordillo, daba forma al irregular acerado. A trechos, de grandes y pétreas losas, a otros, descarnado, y en los más, de cemento sobre el que de tosca forma se había tratado de imitar el cuadrado de las baldosas.

Calle siempre limpia, que de ello se encargaban, por riguroso turno, las hacendosas vecinas.

Alto dintel de encalada piedra, huérfano de todo adorno y cerrado por puerta de recia madera, espesa clavazón y grandes llamadores en una de cuyas hojas se abría un postigo bien provisto de aldabillas, retranca y enorme cerradura de artesanal hechura, configuraba su entrada.

Y traspasada, amplio y empedrado portal de paredes con oscura cenefa y por encima de ésta, el deslumbrante blanco de la cal. Que no eran vecinos que escatimaran sus recados a Zamora, aquél que blanqueaba a domicilio.

A la derecha, y por angosta escalera, se bajaba a la cuadra.

A la izquierda, un lavadero, y separado por recio tabique, se aprovechaba el hueco de una escalera para, sobre alto poyo, colocar el comunitario retrete.

Tanto el uno como el otro, eran añadidos. Que fue mucho después de construída la casa cuando llegó a Jaén el agua corriente y la red de saneamiento.

Portal donde la chiquillería vivía a la par que sus moradores.

Les daba fresco cobijo en los tórridos días de verano luego de ser barrido, regado y entornadas sus grandes puertas. Los acogía cuando, llegados los temporales de agua, el empedrado cauce de la calle jugaba a ser impetuoso torrente que se despeñaba sobre la ancha y profunda tragona que había al final.

En los últimos días de ese dicho mes que empieza con los Santos y termina con San Andrés, se producía inusitado trajín.

La Concebida estaba cerca y era preciso el buen abastecer de las capachas de esparto para cuando empezara la recolección de la aceituna.

Hierve el portal en plena faena de la matanza.

Describirla, en presencia de D. Rafael Ortega y Sagrista, más que descaro, sería herejía. Que ya lo hizo él y muy bien. Sólo podría añadir que, colocados sobre las abiertas ventanas de los amplios terrados, marcos de recia alambreira y tapadas con sacos las gateras de las puertas en evitación de inoportunas visitas, mi barrio, en aquellos tiempos de escaseces, a la par de oler que alimentaba, presentaba apetitoso aspecto. En cuanto a los chiquillos, y como premio a sus mandaderos desvelos, eran remunerados en especie aprovechando cualquier inservible trozo de tripa que era llenado con los últimos restos de masa, lo que daba como resultado una pequeña morcilla a la que costaba hincarle el diente, pues no en vano representaba, de alguna forma, un primer estipendio.

No se habían apagado los ecos del fregoteo de calderas y tenajones, cuando sobre el empedrado suelo, bien doblados, se empezaban a colocar lienzo de moreno tejido y grandes manchas negras.

Junto a ellos, los capachos de esparto dorado a fuerza de soles y que contrastaban con sus hermanos los nuevos, de verdoso color y poco dóciles a su manejo.

Sobre las paredes, altas cribas, y junto a ellas, largas varas.

Llegada que era la Concebida, se daba comienzo a las faenas de recogida de aceituna.

Los mulos, que eran llamados "Comisario" o "Legionario", reminiscencia de la cercana guerra y como un querer unir a los bandos, llegaban inusualmente tarde. Había grandes colas en los molinos y el pesaje de la aceituna se hacía por ello lento.

Los temporales de lluvia ponían, en contra de los deseos de los agricultores, una ralentización en sus faenas.

Era tiempo aprovechado para, sobre el recio escalón de piedra, machacar esparto o hacer pleita junto al fuego que ardía bajo la amplia campana de la enorme cocina.

Entre tanto, los chiquillos jugaban subidos sobre albardas que simulaban briosos corceles o se revolcaban sobre lienzo y espuestas mientras en la calle, se desflecaban las nubes en largos hilos de agua.



Calle Empedrada de San Ildefonso. (Dibujo de Luis Berges).

Grandes serones llenos de fresca hierba recogida en los ribazos y que era amontonada en un rincón del portal para el pasto de las bestias, anunciaban la primavera.

Allí, la chiquillería medía sus fuerzas en incruentos combates a sabiendas de que caerían en blando. Las ropas se impregnaban de su penetrante olor y alguna que otra mancha de verdín.

Más avanzada la estación, se segaba, aún verde, cebada o trigo para alimento del ganado.

Se comían sus granos una vez liberados de su fina piel o se hacían ensaladillas con un chorreón de aceite cuando después de mucho pelar, se juntaba la cantidad necesaria.

Entre las verdes espigas, las rojas amapolas. Una vuelta a sus pétalos y aparecía un monaguillo de encendido ropaje, monda y negra cabeza.

En recias canastas de mimbre tapadas con olorosa hierba, el penetrante olor de la recién cogida fruta inundaba el amplio portal.

Dorados melocotones, junto a la verde y brillante manzana y la roja cereza, atufaban de campesina fragancia al tiempo que anunciaban la llegada del verano.

Eran los días en que el hortelano dejaba la ciudad y se marchaba al campo junto con su familia.

A las normales faenas de la huerta, había que añadir las propias de la siega.

En los altos mulos, y terciados sobre las albardas, rayados colchones y sobre éstos, camas de negros barrotes y doradas perinolas.

En las aguaderas, cántaros, y sobre manta de suave lana, largos flecos y llamativos colores, la hortelana y su prole. Por delante de ellos, subido en la parte delantera de la albarda a modo de vigía, un perrillo de escurridas carnes y menguada estatura, ladraba a punto de tabardillo.

Es tiempo en que el portal pierde algo de vida y donde los chiquillos que quedan, viven como amustiados y con escasas ganas de juego.

Cuando llega Agosto, vuelve a recobrar su pulso.

En grandes barcinas, sobre los costados de los mulos, se trae la paja para ser guardada en el pajar.

Se coloca la garrucha en el recio madero con gancho que sobresale del alero del tejado y por encima de la última ventana de la casa y... ¡a tirar!

Son días de gloria. De revuelque sobre la paja, de trajín, de picores cuyas urgencias se apagan en la fresca agua de la pila y sobre todo, son días en los que se sabe que el regreso de la hortelana familia está próximo y el portal volverá a ser el que era.

Se presiente el otoño. Ya ha caído alguna que otra tormenta y en el portal se empiezan a colocar grandes arneros sobre tenajones de Bailén.

Es tiempo de hacer la conserva de tomate sobre la que tampoco voy a decir nada por las mismas razones que ya tuve cuando me referí a la matanza.

Eran días de trajín y un sin parar de hacer recados. Al final, cuando en las profundas alacenas se alineaban como disciplinada y heterogénea tropa las botellas, en primera fila y mirada siempre como algo propio, la pequeña botella llena de rombos y que en su día contuvo el carrasqueño añís, matador de tempranos gusanillos, presentaba su rojo contenido pregonando, con su escasa altura, la propiedad de un pequeño y diligente amo para el que había sido llenada.

Avanzado Septiembre y con los últimos calores del veranillo de San Miguel, el portal se llenaba del sutil perfume de los dorados membrillos.

Fruto al que las mujeres gustaban guardar entre las limpias ropas que había en los cajones de sus cómodas y a las que prestaban su fragancia. Pasado algún tiempo y más maduros, constitutían apreciado plato una vez cocidos con su poco de canela.

Se termina el llamado veranillo, se encapotan los cielos y aparecen las tormentas.

No es raro que, avanzada la tarde, casi noche, vuelva el hortelano empapado en agua y con alguna que otra cesta de mimbre llena de peces del río que, atontados por la turbiedad de las aguas, han resultado fácil presa.

Son peces de mucha espina y fuerte sabor al cieno del río contra el cual, una vez abiertos y convenientemente aliñados, se procuraba luchar.

Es por esta fecha cuando el maíz es recogido y descargado en el portal.

De los grandes montones, se empiezan a separar las piñas de su envoltura mediante la técnica de darle la vuelta a ésta y propinarle enérgico tirón. Es la llamada "farfolla" y servirá como cama a las bestias y relleno de colchones, que es tiempo de aprovechamiento integral.

Las piñas, una vez libres de sus envolturas, en grandes espuelas se subían a los terrados donde eran extendidas en el suelo para que se secaran.

Cuando esto ocurría, a golpe de desgranador se separaba el grano del llamado corazón, que serviría para avivar la lumbre que había de arder en la chimenea.

Y llegaba la feria.

Eran días en los que el barrio tenía un bullicio desacostumbrado en su normal transcurrir y donde se vivía de un modo intenso en los portales.

Habían sido alquiladas casi todas las cuadras de la vecindad a los tratantes de ganado.

Sobre las pendientes y empedradas calles, más que correr volaban las bestias en venta.

Animadas por las voces y el rastrear de la recia garrota de uno que corre tras ellas, mientras el galopín que va delante, tira con fuerza del ronzal que las embrida, el más lento asno se convertía en veloz caballo de carreras.

Pegados a las paredes, como un querer fundirse en ellas, los chiquillos ven la espectacular salida del ganado de la cuadra, a la calle donde, entre el bronco sonido de un cencerro, airadas y aguardentosas voces, chasquidos de trallas y rastrear de garrotas, se va formando la manada que se encamina a la feria. Es en los portales donde muchas veces se compra y se vende el ganado por aquellos recios hombres de largas y oscuras blusas, anchas fajas y enormes billeteras provistas de luenga correa de cuero que les daba varias vueltas y que eran guardadas en insondables bolsillos.

Es allí donde se comía sentado sobre cualquier cosa y se dormía sobre escuálidos colchones de crujiente "farfolla" o sobre mantas y sudaderas de cuadrúpedo tufillo.

Terminada la feria, se desinfectaba la cuadra con zotal, restableciendo Zamora la blancura de las paredes y los desconchones de la oscura cenefa.

Después, días de melancolía y lluvia, en los que se oían nítidas las horas que daba la campana de San Juan. El pitido del tren, aproximaba la lejana estación y la ceniza del brasero se empeñaba en formar parte de la paleta que lo "firmaba".

Refugiados en los portales, veían los chiquillos a las madres regatear el precio de la miel de caldera, que era pregonada con ahínco y pesada sobre romanilla que pendía de un costado de la bestia o llevada sobre el hombro del vendedor.

Era el día de los Santos. Día de miel y gachas con noche de tenebrosa vela al cambiante resplandor de las mariposas que chisporroteaban sobre el aceite y agua contenidos en una taza.

Noche de dormir con la cabeza bien tapada para no oír el lúgubre sonido de las cercanas campanas de San Ildefonso. Noche donde se recuerda a los difuntos y en la que los chiquillos se hacían los remolones a la hora de acostarse porque, aún cuando ponían todo su empeño en disimularlo, tenían mucho miedo.

Poco tiempo después, la matanza. Pero eso sería repetir historia.

Muchas de estas casas, ya no existen. En su lugar, otras más higiénicas, cómodas y más racionalmente distribuidas, se levantan sobre su antiguo solar.

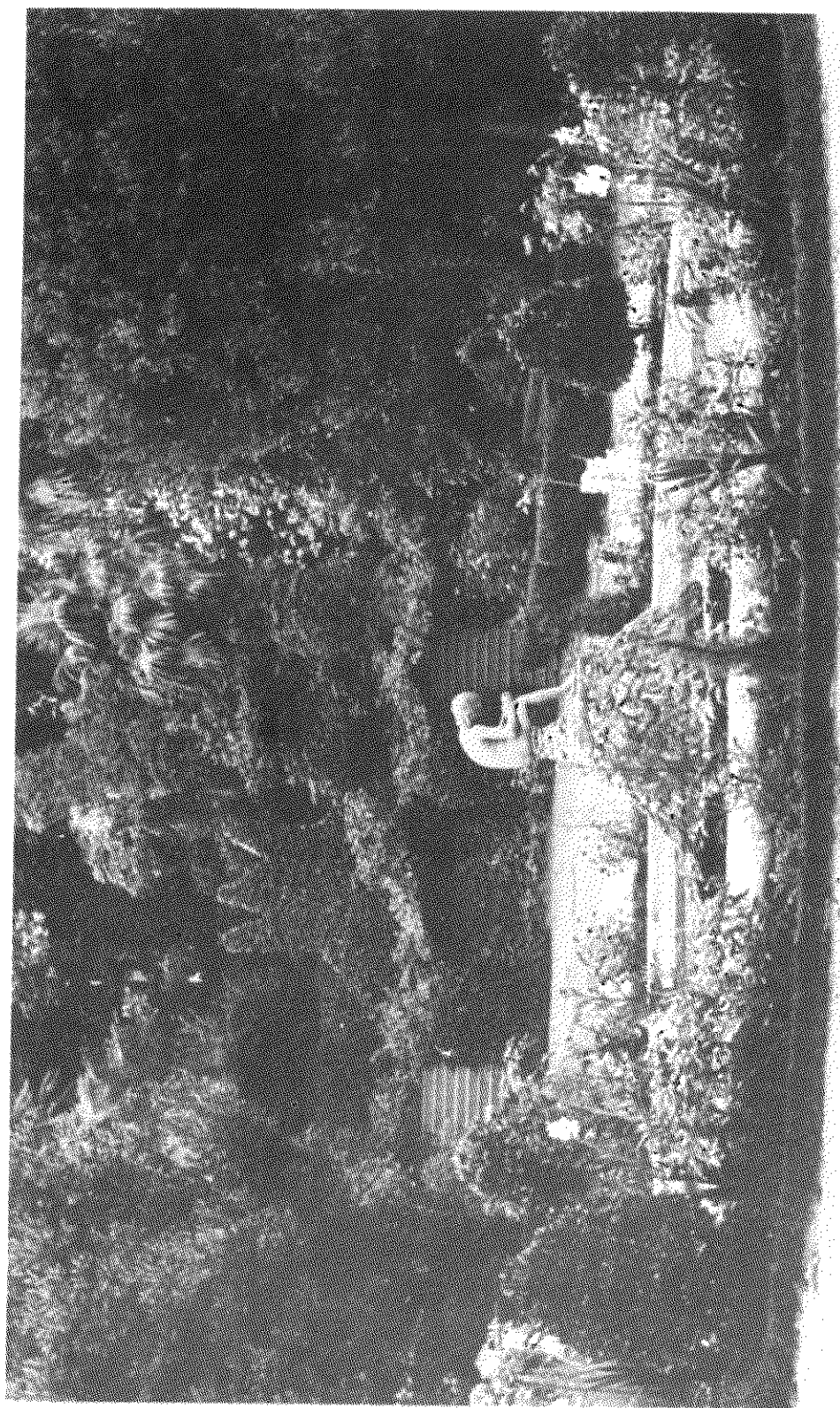
Ahora, los vecinos apenas si tienen roce y los chiquillos no juegan porque desaparecieron los grandes y enguijarrados portales. Que una cosa ha traído a la otra.

Y es en esta noche, en que celebramos nuestro anual encuentro, cuando quiero recordar con nostalgia no exenta de tristeza, aquel vivir en los viejos portales que registraban, a través del trabajo, el transcurrir de la vida.

El cronista se siente fluir en un líquido amniótico anterior a todo tipo de existencia. La velada claridad se cuela por la puerta cuando algún comensal descende a la planta baja y arroja una colilla a la noche, que enseguida la tornasolea en un brevísimo fuego de artificio. Mientras los postres apetitosos (alfajor de almendras, yemas de Santa Úrsula, turrónes) van endulzando la sobremesa, uno no puede sino reflexionar sobre el extraño libro que nuestra amistad está componiendo esta noche. Un libro que no es el que ahora redacto ni el que va a encontrarse el lector. Es un libro de piedra, escrito sobre las pétreas rocas que nos coronan, muda elocuencia del redondo zúmel, que por vez primera oye contar tan sabiamente a sus pies las viejas historias. Un libro de niebla, cuyos jirones vagan de un lado a otro de la espaciosa vega que domina este añejo caserío. Un libro, quizá mucho más etéreo, hecho de paz y concordia. Acaso hayamos logrado, sin percatarnos de ello, lograr tejer nuestras fabulaciones con la vieja materia de los sueños.

De un sueño precisamente nos habla José Chamorro cuando el aroma humeante del chocolate nos remueve viejos recuerdos de la infancia. De Jabalcuz, ese jardín cerrado, paraíso para pocos, que languidece en su propia historia sin retorno. Oír al cronista ilustre nos obliga a caminar por los senderos de la nostalgia, ese potro difícil de domar, esa desazón que nos apresa como una cadena de cuyos eslabones nadie quiere desasirse:

En la bellísima orografía de la provincia de Jaén hay un rincón —si a ello se le puede llamar rincón— muy entrañable para las gentes de nuestra ciudad, y es el de Jabalcuz. Jabalcuz es catalogada de sierra por los geógrafos y en verdad que lo define todo el junto como las sierras de Jaén, que es el calificativo más verdadero del macizo, que eleva su cresta rotunda a los 1614 metros de altura. Entre la mole de Jabalcuz y la denominada Peña de Jaén, que no es otra que el cerro de Santa Catalina, existe una depresión entre dos pequeñas vertientes, la de Riofrío y la de Riocuchillo. Allí hay un vergel hermoso que yo lo he calificado del “Versalles de Jaén” en mis comentarios periodísticos y que constituye un ameno lugar que necesita de protección, de estímulo y de divulgación. Jabalcúz, por llamarlo como lo dice la gente de Jaén en el conjunto de su balneario y parque adjunto, es algo importante para la vida de Jaén y se está muriendo en una agonía triste de abandono y de dejadez. Muchas veces yo he acompañado a distinguidos viajeros a un recorrido por los alrededores de Jaén y se han maravillado de ver lo hermosos que son estos parajes, que ya para sí los quisieran otros lugares de España. Pero ahí están y ahí están pidiendo manos amigas que los cuiden y los miren con mirada de amor, como ese poeta que tan bellamente ha cantado en estrofas como las de Federico de Mendizábal



“El Niño de la Espina” en los jardines de Jerez de Jabalcuz. Al fondo, la doble escalinada de acceso a la entrada.

*Tienden los campos fértiles al cielo
todo el fuerte verdor de su esmeralda,
que aún las montañas, desde su falda,
siguen hasta la cumbre el mismo anhelo.*

*de florecer... El agua en ritornelo,
de pétalos de plata se enguirnalda;
y hasta en termas volcánicas escalda
por Jabalcuz, con su calor, el suelo...*

En un artículo escrito por mí con ocasión de un número extraordinario en un periódico de Jaén dedicado a la Feria de San Lucas del año de gracia de 1986, me he referido a lo que era y es Jabalcuz. El Deán Martínez de Mazas escribió sobre Jabalcuz en su "Retrato al natural y término de Jaén" y ya en el siglo XVIII era conocido y admirado el lugar y se hacían mientes las gentes de Jaén y de otros lugares acerca de las aguas termales que tienen su origen en la fuente abundosa que mana de la cueva o sima. La descriptiva del Deán dice que el agua de esa fuente "es muy clara y cristalina, sin color, olor, ni sabor especial; ese agua es suave y deja blanco, muy terso y purificado el cutis, como si se lavara con greda fina...". Desde hace tres siglos son muchas las gentes que han acudido a recibir el efluvio de las aguas salutíferas y lo que un día compró el canónigo D. Francisco Jerez para solaz y bien del cuerpo y del alma y por ello se levantó la ermita de los santos Cosme y Damián, como nuncio y presagio de la cura de quienes estaban aquejados por el dolor. Aquel buen canónigo levantó no sólo lo fue el embrión del balneario, sino que también hizo del lugar un apacible y bello lugar con el parque que ha llevado siempre el título de quien lo creó. El balneario se fue concretando en algo más que las tinas de baños y los cobertizos de pasados siglos y el alborear del siglo XX se convirtió en algo importante. Se edificó el balneario propiamente dicho, con salas de baños tanto en piscinas como en cabinas individuales, se adosó un hotel y todo ello con un buen rótulo que respondía al enunciado de "Termas de Jabalcuz" se arreglaron y dispusieron los jardines, según proyecto de don Cecilio Rodríguez, el famoso diseñador de los bellos jardines madrileños, y se creó una colonia de verano y recreo con casitas familiares, bordeando el bellissimo parque.

Los que hemos vivido para conocer lo que fue Jabalcuz en su época dorada hemos de decir que constituyeron un auténtico "relax" por aquellos días del veraneo en sus parterres, en sus rosaledas, en sus cenadores, en su evocadora "cascada" y las fiestas nocturnas y diurnas de aquellos días tienen para muchos una fuerza de evocación muy señalada. Los que huíamos de los días agosteros en el agobio de la ciudad y nos refugiábamos entre las frondas del parque y aún disfrutábamos del reparador descanso nocturno en alguna de las casitas alquiladas en el lugar, significaban mucho en lo que fue para nuestra vida familiar.

¿Qué es lo que queda de Jabalcuz, ahora? Muy poco. Y gracias que unas manos amigas han conservado la lozanía del vergel jardinero, aún cuando hay destrozos de manos bárbaras, como el derribo y destrozo del famoso "Niño de la Espina", aquella preciosa escultura de mármol que coronaba el

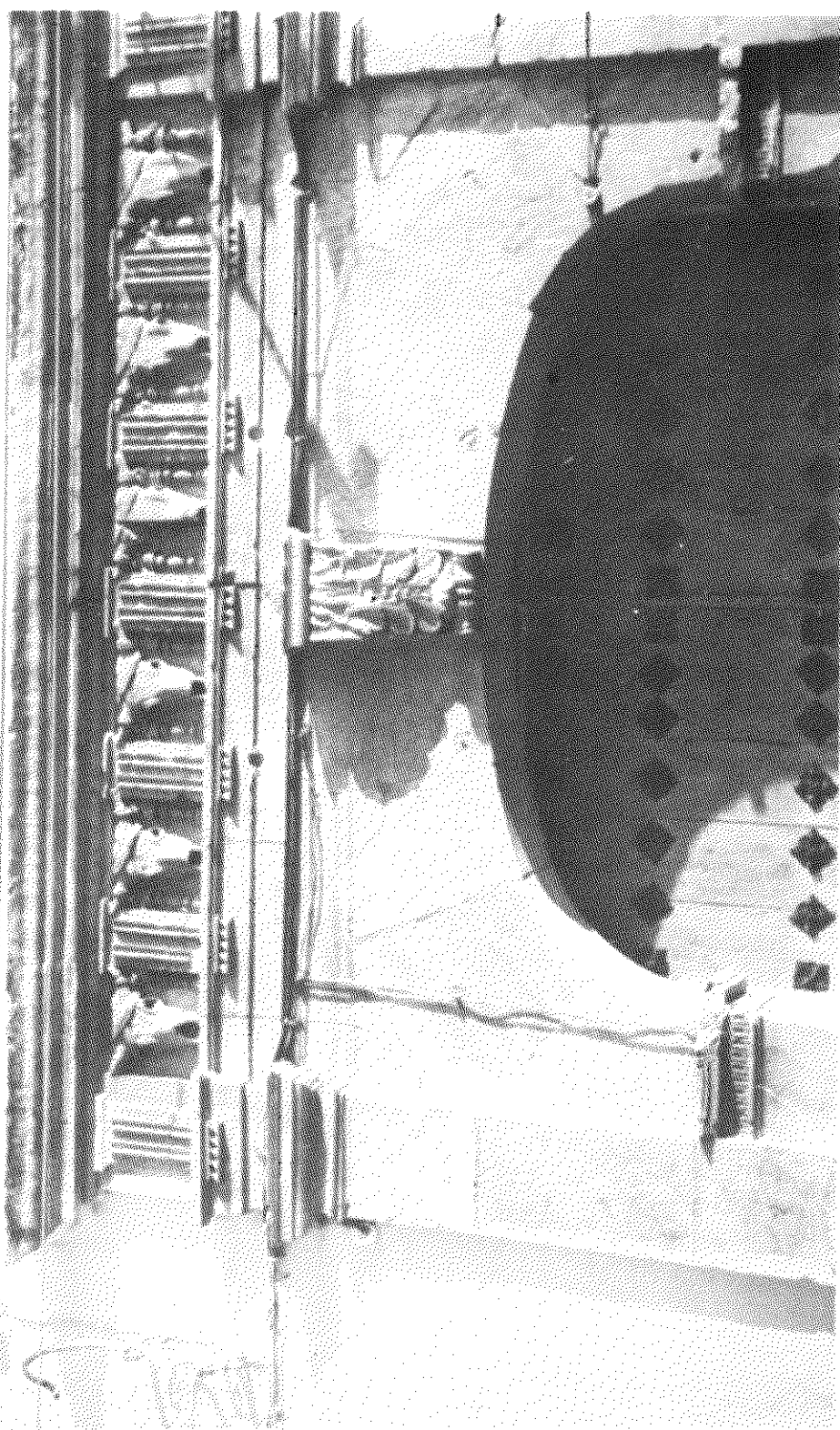
centro del estanque grande, pero podemos decir que el conjunto del parque todavía se conserva. No ha sido así en el edificio del balneario, poco menos que en ruina total y no digamos de las graciosas casitas de veraneantes, la mayor parte de ellas derruidas.

Hay una cierta dejadez y un tanto de culpa de los hombres de Jaén ante estas cosas. Si las cosas no se remedian, Jabalcuz será pronto un recuerdo y un baldón para la historia de Jaén. ¿No hay manos que rehagan este conjunto de edificios, este balneario, este recinto de uno de los más umbrosos, bellos y maravillosos espacios naturales de Jaén? Yo dejo a mis entrañables amigos de San Antón esta inquietud y su buen hacer y su buen sentido de vocación jaenera que despierten las conciencias dormidas en quienes el deber de hacer algo por este importante lugar de nuestra entrañable ciudad.

Como en la vieja sentencia de nuestros abuelos: ¿no quieres chocolate? pues dos tazas. Dos. No falta incluso quien toma tres y hasta rebañando con ochíos y bizcotelas la típica jácara que a partir de ahora formará parte de nuestra colección de recuerdos. Algunos, los más obesos, nos ponemos de pie por temor a una eterna indigestión e invadimos el ruedo central de este señero comedor, hasta que, de repente, somos desalojados, en esta ocasión no por la argentina campanilla del Prioste sino por un estridente toque de imaginario clarín y la entrevista visión de negros alguacilillos que nos obligan al despeje. Y es que va a entrar en liza un antiguo artista de la fiesta, Paco Olivares, que, enfundado en terno azul oscuro, va a sorprendernos una vez más con los quiebros torerísimos de su sabiduría. Va a explicarnos en esta ocasión cómo el toro es un motivo fundamental en el arte jiennense, que al proahijar en su iconografía este mundo mágico de los motivos taúricos, entronca con una de las más arcanas tradiciones de nuestros pueblos, cuyo conjunto, no en vano, simbolizamos con la vieja piel de toro:

La presencia del toro tanto en la Arqueología como en el Arte en sus diversas manifestaciones ha sido siempre una constante. Desde aquellas excavaciones cretenses en las que aparece ya el toro como protagonista de una fiesta en que hombres y mujeres se enfrentan a él saltando en increíbles piruetas sobre su dorso, a aquellas de Clunia en que se encuentran fragmentos de piedras en las que se puede ver a un hombre armado frente a un toro que embiste, primera manifestación plástica de una fiesta de toros.

El arte rupestre nos muestra en algunas cuevas, como las de Alpera, El Navazo o Albarracín, figuras de toros de los que se defiende el hombre, bien saltando sobre ellos o burlándose de sus acometidas.



Detalles taurinos en la portada del Palacio del Marqués de Viana, en Garciez (Jaén).

Y no es sólo la pintura la que nos presenta la figura del toro, sino que el arte escultórico desde sus comienzos, ya lo reproduce. De Costing (Mallorca), tenemos tres cabezas de este animal de una sorprendente perfección, y van a ser los distintos pueblos los que van a ir dejando estas muestras: los iberos con sus Toros de Guisando, el Toro de Mérida o los vasos figurativos de Numancia.

Nuestra provincia, tan rica en cuanto al arte Ibérico se refiere, no podía estar ausente en este aspecto, y de ella conservamos el sensacional Toro de Porcuna que se puede admirar en nuestro Museo Arqueológico Provincial. De los Santuarios Ibéricos del Collado de los Jardines en Santa Elena y de Castellar se conservan figuritas de exvotos que representan a este animal. Del poblado Ibérico del Castillo de San Esteban de Santisteban del Puerto existe el cuerpo y parte del cuello y patas de un toro, así como una preciosa cabeza, ambos de terracota.

En las monedas ibero-romanas son innumerables las representaciones del toro. En las de Sagunto hay un trióbolo con un toro desafiante. En los semis de Ampurias se le ve en actitud de correr con un brazuelo doblado y la cabeza baja embistiendo. En otras de Siracusa y Posidomia aparece parado. En las griegas de Ampurias hay un hemióbolo con la cabeza de un toro androcéfalo que se halla también en los tremióbolos y en los dracmas. En las fenicias encontradas en Ibiza hay dracmas, trióbolos y calcos en los que figura caminando, embistiendo o saltando. En las cartaginesas de Sagunto hay dracmas, asimismo con el toro en movimiento.

También en las monedas ibero-romanas acuñadas en nuestra provincia se encuentran representaciones de toros. Aparecen en los semis de Obulco (Porcuna), de influencia egipcia, en los semis y sextantes de Cástulo (Linares) y en los dupondios y ases de Víboras (Alcaudete).

La presencia del toro en el arte visigótico es muy amplia y así, en nuestra provincia lo tenemos en algunos capiteles de aquella época, como los que se conservan en la Iglesia de Santa María la Mayor de Santisteban del Puerto. Y ya en épocas posteriores tampoco podía estar ausente y como ejemplo, lo podemos contemplar en la magnífica fachada del Palacio de Viana en Garciez, y en cuyo frontispicio aparecen seis cabezas de toros alineadas sobre la portada.

Tampoco podía faltar en la heráldica, y así lo encontramos en algunos escudos de pueblos de nuestra provincia como sucede con Arjona o Pozo Alcón que ostentan la figura de un toro pasante.

Y el toro, a quien Magón, en tiempos de Columela describía así: "... las astas, largas, negras y fuertes; la frente, ancha y crespá; los ojos y belfos, negros; el cerviguillo, largo y carnosos; el color, rubio u oscuro; el cuerpo, muy suave al tacto", todavía pasta en nuestras Sierras conservando aún, no sólo su tipología y belleza, sino su agresividad y bravura.

Al término de la faena, la petición de los máximos trofeos ha sido unánime y Paco los exhibe en esa modesta vuelta al ruedo que es el íntimo rubor, el agachar la cabeza para enseguida llenarla con otras graves y sesudas disquisiciones. No hace lo mismo el cronista que esto narra, puesto que, abrumado de citas, imposibilitado de manos por mor del recado de escribir tan inmerecidamente heredado, ve con desilusión cómo los turrones y peladillas, los anises y demás reconstituyentes, pasan ante él con la misma fugacidad con que asegura Don Manuel Caballero en sus homilías que transcurre nuestra estancia en este mundo. Aunque, justo es decirlo, no faltan los hermanos caritativos que con una mano de nieve que se nos antoja becqueriana nos enjaretan los postres en la necesitada boca, supliendo así a mis brazos, prisioneros hoy de las exigencias de la historia.

Diego Jerez nos sorprende con un poema que ¡lagarto, lagarto!, al ausente Alfonso López le hubiera ayudado a bien hacer la digestión, puesto que se trata de la inauguración jocosa que se produjera en Jaén de una típica funeraria.

*Esto que os voy a narrar
no es invento, ni mofa;
hasta la última estrofa
sucedió en esta ciudad.
Galeno de profesión
y dentro del menester;
del mortal acontecer
tengo además la función.
He aquí que un industrial
versado en economía,
tras la calle Espartería
poseía un "comercial".
Quiso poner un negocio;
aunque idea temeraria,
puso una Funeraria
que se presta más al ocio.
Con gran imaginación
nuestro buen hombre lo piensa:
Pues... ¡Será bueno a la empresa
hacer inauguración...!
Invita a las Fuerzas Vivas...
(a la postre y al final,
buenos clientes serán,
pues estarán menos vivas).
Participó a los del gremio,
a amigos en general
y a todo aquel personal
que vive del cementerio.*

*Yo fui presto a la cita
pues recibí la tarjeta...
(¡raro médico la ostenta
en su "curriculum vita"...!).
Se inició con bendición
la solemne ceremonia,
seguida de gran encomia
de tan útil profesión.
Ofrecieron los servicios
a todos los asistentes:
"¡Suntuosos, diligentes
y con red en todos sitios!
Tenemos varios modelos,
para rico, para pobre...;
¡De largos para que sobre!
¡Pasen si quieren a verlos!
Los hay con tul ilusión,*

*otros forrados de raso,
algunos y por si acaso
llevan llave o "resbalón".
Los traslados, otro tanto;
los hacemos con esmero;
si quieren al "tostadero"
o vamos al camposanto.
Trampillas oculta-muertos
con cerrojos corredizos
contra "tirón" de "chorizos"
llevan nuestros coches puestos.
Hay coronas para duelos,
catafalcos con sus velas
y para llorar de veras
damos cebolla a los suelos".*

*.....
¡Señor doctor —me dijeron—
ya sabe dónde nos tiene!
(¿Esa indirecta a qué viene...?),
¡Matasanos me creyeron!).
Como final de función,
(DE - FUNCIÓN, que no deceso)
Se sirvieron en un figón
unos fiambres y queso.*

Ahora sí, es preciso ahuyentar el mal bajío, los malos espíritus que el insensato galeno ha esparcido por la sala (precisamente él, que por profesión debiera ser enemigo de tales desahogos). El Castillo, no el de Santa Catalina sino el anisete tan diestramente destilado en nuestra tierra, me

ayuda a salir de la opresión de gori-gori a que he estado sometido, al no poder cruzar los dedos ni hacer la higa por lo bajini.

De común acuerdo, y puesto que los curas asistentes, modernos y postconciliares, se niegan a ningún tipo de exorcismo que rehabilite el habitáculo, descendemos por la peligrosa escalera descrita hasta el piso de abajo no sin antes hacer testamento mentalmente ante lo aguerrido del intento y la carencia de red que amortigüe el batacazo.

En bolsas de plástico improvisadas, en los amplios bolsillos, desaparecen los restos del banquete. Modélicamente, Rafael, nos da ejemplo de orden y disciplina, pues su enorme cartera de cuero, antaño martillo de morosos de Hacienda, va engullendo a modo de ballena de Jonás todas las pertenencias del erudito, que con porte extraordinario (no en vano es el único obligadamente abstemio de la Confraternidad) desciende majestuosamente la escalinata con el sustento de un mes asegurado. En el cuarto de arriba, aquel cuadro idílico de panes y olivos entrelazados de las primeras horas de la noche, se asemeja peligrosamente a Waterloo después de la descomunal batalla.

Vicente Oya, nada más aterrizados en la mucho más segura planta baja de Los Llanos, nos endulza la velada con sus bien pautadas reflexiones. Ese actor descomunal que es nuestro cronista, orondo como Fasltaff, amigable y emprendedor como Falstaff, humilde y modesto como Vicente Oya, muestra un brillo demoníaco en las rubicundas mejillas proveniente de la hoguera cercana, o tal vez un no sé que de peculiar angelote de retablo, cuando a la luz difusa de aquella nos habla sobre esas figuras tan populares de nuestra tierra como son los chirris y las pastiras:

Labor artesana y sensibilidad artística se dan cita en los trajes típicos de Jaén. No se sabe donde empiezan y donde terminan el oficio artesano y el hacer artístico. Hay una paciencia generosa y una inspiración a raudales en cada pieza que está hecha siempre con un cariño sin limitaciones y con una imaginación desbordante. La nobleza de las líneas corre pareja con la belleza de los respaldos que dibujan los encajes. Los colores son vivos como el agua que sale clara y cristalina de las ubres ´ubérrimas de esta tierra bendita y como la vegetación exuberante que anima el ambiente de nuestros campos en primavera.

El traje de "Pastira" se hace símbolo del carácter de la mujer jaenera, mujer hacendosa, limpia, sencilla, recatada, hecha de abnegaciones, entre las estrecheces de una economía insegura, la penuria y el porvenir incierto, pero enriquecida con las mejores virtudes de la raza.

El traje de "Chirri" también es símbolo del hombre de Jaén, que ha tenido siempre las condiciones óptimas para ser rebelde, en un clima de indolencia, favorecido por su situación, pero trabajador del campo y de los cien oficios, forjador de sueños, amante infatigable de su tierra, apegado a sus lares, prudente, pensativo, cargado de hondos saberes populares.



... y al fondo la Catedral.

(Dibujo de Alfonso Parras)

El inolvidable Antonio Alcalá Venceslada (Andújar 1983-Jaén, 1955), en su "Vocabulario Andaluz", de 1950, premiado y publicado por la Real Academia Española de La Lengua, recoge los significados de "Pastira" y de "Chirri". "Pastira", para Alcalá Venceslada, es el "nombre dado a las hortelanas de la vega de Jaén" y "Chirri" el "nombre dado a los hortelanos de la vega de Jaén". También señala el citado "Vocabulario Andaluz", que "Chirri" dicese del "ojo lacrimoso y de párpados irritados", o del "estiércol de cabra y oveja", o del "pájaro chamariz" que canta en la arboleda.

"Chirri" y "Pastira" son, pues, los viejos y entrañables hortelanos de Jaén, no sólo los pastores giennenses, sino, por extensión, los labradores y ganaderos, hombres del campo y de la ciudad, tipos entrañables de nuestro paisaje rural y urbano.

Alfredo Cazabán Laguna (Úbeda, 1870-Jaén, 1931), cronista oficial de la provincia de Jaén, en la famosa revista "Don Lope de Sosa" (enero de 1913 a diciembre de 1930), se ocupa varias veces de los trajes típicos giennenses:

Ante el "Retrato de una Pastira", concretamente de María del Consejo Fe, pintado por el pintor José Nogué (Santa Coloma de Queralt —Tarragona, 1880 - Huelva, 1973), dirá, con su peculiar estilo literario: "Saya azul de canícula en Jaén tejida; el mandil y el jubón ceñido; el mantoncillo al talle y la roja mantilla de bayeta jaenciana, circundada por felpón negro; luciendo saboyanas y joyel de cruz con profusión de esmeraldas". Iguales alabanzas merecerán las "Pastiras" y "Los Chirris", pintados por Pedro Rodríguez de la Torre (Jaén, 1747-Zaragoza, 1915), que es el pintor más interesante de la Escuela Giennense del XIX, el que pintara tipos auténticos de nuestro Jaén, que quedaron para siempre como atrapados por sus pinceles prodigiosos.

En esta ciudad nuestra, rendida a sus pastiras, poetas y músicos se han inspirado para producir hermosas composiciones.

Ahí están las estrofas vibrantes del "Himno a Jaén", letra de Federico de Mendizabal (Madrid, 1901) y música del maestro Cebrián (Toledo, 1900 - Liria, 1943), que se estrenó el 19 de octubre de 1932, en el Teatro Cervantes, y que se aprobó, como "Himno de Jaén", en sesión de la Corporación Municipal, del 31 de Mayo de 1935:

"Bella Ciudad de Luz,
que tienes, cuando miras,
el corazón y el sol,
rendido a tus pastiras".

A esa "pastira", guapa, graciosa, delicada, que se asoma, con un cesto de mimbre, en la mano, María Teresa Arbuza y de Robles, a las páginas de "Don Lope de Sosa", donde, como pie, firmado por Riquelme, en Málaga, con fecha 19 de agosto de 1913, se puede leer este precioso soneto:

*“Lleva la falda corta, el pie ceñido,
guarda negro jubón el talle airoso,
mantoncillo de flecos espumoso
lucen los hombros con gentil descuido;
enriquecen el clásico prendido
Cruz de esmeraldas en el cuello hermoso,
pendientes de dibujo caprichoso,
anillos de la fe que ha prometido.
Adornan ricas trenzas la cabeza,
que ostenta con pudor roja mantilla;
y así ataviada la ideal belleza,
cuando en el templo dobla la rodilla
¡Ella es el pueblo de Jaén que reza
a su Virgen, sin par, de la Capilla”.*

El mismo Cazabán, también en “Don Lope de Sosa”, edición de julio de 1930, hace un comentario a un dibujo de un grupo de tipos giennenses, que aparcan un jumento en la Puerta de la Posada de Los Alamos, dibujo hecho por Manuel de Paz Mosquera, que trabajaba en el “Madrid Cómic”, dirigido por aquel gran periodista que fue Sinesio Delgado. Un dibujo, a la acuarela, que sería adquirido por la Comisión Provincial de Monumentos, por iniciativa de su Secretario, Ramón Espantaleón Molina, y con destino al Museo Provincial.

Dice Cazabán: “Pastira, de falda de canícula, mantilla encarnada y peinado de lazos. Labrador, luenga capa de paño de Hospicio, bombacho, faja y sombrero calañés redondo, alto de copete y de alas; el jornalero con la manta terciada, con idéntico sombrero e igual bombacho, todo tres tipos jaeneros. Y, en el fondo, montado uno y desmontado otro, dos valdepeñeros que se saludan; uno trae costales, otros corbos. Visten, el jinete traje de estezado, pantalón ceñido, albarcas de correillas, trenzadas sobre el tejido de punto en que se envuelve la pierna. Igual traje el jinete, y sobre la chaqueta, la pelliza o sobre-abrigo de lanuda piel de borrego. El sombrero, menor, más riguroso que el de los jaeneros, lógica consecuencia de la evolución del calañés del Santo Reino, que principia en Pontones, monumental y siguiendo una línea sinuosa por el sur y centro de la provincia, llega a Castillo de Locubín (pasando antes por Valdepeñas) al mínimun del tamaño y máximun de la estilización”.

Por su parte, Luis González López (Torrevieja, Alicante, 1889-Jaén, 1969), el otro inolvidable Cronista Oficial de la Provincia de Jaén, que dirigió “Paisaje” (1944-1966), escribiría en su obra “La Jaenera”:

“De vivir en las huertas y emplear el cuidado y las manos en trabajos del campo, pastos, regadío, labranza, la hortelana de Jaén se llama pastira y chirri el hortelano. Los dos visten a uso del país; ella almilla o jubón negro, falda de canícula, mantilla colorada que se sujeta al peinado de alpargata o de lazos; él, capa de recio paño, camisa rizada, faja, bombacho y sombrero calañés redondo”.

Los grandes escritores que pasan por Jaén, en las corrientes del Romanticismo que tienen su cauce en nuestra tierra de una manera especial, también hablarán de nuestros trajes.

Teófilo Gautier (1811-1872), poeta y literato francés, apóstol entusiasta del Romanticismo, en su libro "Viaje por España", que se publica en 1840, nos dirá:

"En Jaén es donde he visto más trajes nacionales y pintorescos; los hombres, en su mayoría, llevan calzones de pana azul, adornados con botones de filigrana de plata y polainas de Ronda, historiadas con mil calados, agujetas y arabescos de un cuero más oscuro. La suprema elegancia consiste en no abrocharse más que los botones de arriba y los de abajo, de modo que se vea la pantorrilla. Completan el atavío, que se parece mucho al de los antiguos bandidos italianos, anchas fajas de seda roja o amarilla, una chaquetilla de paño con alamares, una manta azul o café y un sombrero puntiagudo de anchas alas, adornado de terciopelo y madroños de seda. Otros llevaban lo que se llama vestidos de cazador, todo de piel de gamo, color avellana, y pana verde".

Cos Cayón y Pons, (Lérida, 1825-Madrid, 1989), describe así un traje típico que, en octubre de 1862, con motivo de la visita a Jaén de la Reina Isabel II, regaló, para su hijo, el Príncipe de Asturias, don Alfonso, el Sastre de Jaén, Marino Jiménez:

*"Capa de paño color café, con vueltos de terciopelo grosella y seda de color blanco; chaqueta y chaleco de terciopelo verde con trenza y cordón de seda negros, y botonadura blanca y dorada de filigrana de plata y forro de seda de color de grosella con motas bordadas de negro; camisa con chorre-
ra; zapatos bordados a pespunte con dibujo de flores y escudos con castillo y leones, y una lindísima vara".*

Hay, en el vocabulario de los vestidos típicos de Jaén, unas voces, que nos suenan de una manera particular y entrañable.

Como "Canícula", que es, ciertamente, cada uno de los días que en la astronomía popular completan las cabañuelas y que comienza el 13 de agosto, ante víspera del día de la Virgen. Pero que, de acuerdo con el "Vocabulario Andalúz", de Alcalá Venceslada", "Canícula" es un tejido privativo de Jaén. Es de algodón y forma listas y cuadros azules y blancos más o menos grandes y se usa para enaguas y delantales.

Y, la Mantilla. Hay una mantilla blanca, la de encaje de seda, encaje blanco. La tradicional de Andalucía, tal y como nos la describe, en tierras de Jaén, el Marqués de Santillana (Carrión, 1398-Guadalajara, 1458), en su cuarta serranilla dedicada a la Moza de Bedmar:

*"Entre Torres y Canena,
acerca de Solloçar,
fallé moça de Bedmar
Sanct Julián en buen estrena.
Pellote negro vestía
e lienzos blancos tocaba
a fuer del Andalucia..."*

Blanca era la mantilla de las mozas de Jaén. Pero ¿desde cuando se torna la mantilla colorada?

Antonio Almendros Aguilar (Jódar, 1825-Jaén, 1904), una de las grandes figuras de la Literatura giennense, tan felizmente recuperado por Alfonso Sancho, en "Almendros Aguilar, una vida y una obra en el Jaén del siglo XIX, 1981", nos cuenta una hermosa leyenda, dentro de "Los cuentos de la Abuela", dedicados al Señor Vizconde de San Javier, y publicados, por vez primera en la Revista "Flor de Infancia", en el Madrid de 1863.

Se cuenta, en esa hermosa leyenda, que, en tiempos de dominación árabe, bajaron a la Puerta de Barrera un grupo de damas y galantes, para pasar el día de San Juan, a orillas del Guadalbullón, siendo sorprendidos por un pelotón de moros:

"Alfange en mano se lanza desde una altura vecina".

Las damas, antes de verse cautivas del harén moro, prefieren la muerte. Y toman las armas. Y ayudan a los mozos. Y, en el combate,
*"Que salen sus blancas tocas
regadas de sangre".*

Los moros, ahuyentados, o tendidos en el duro suelo,

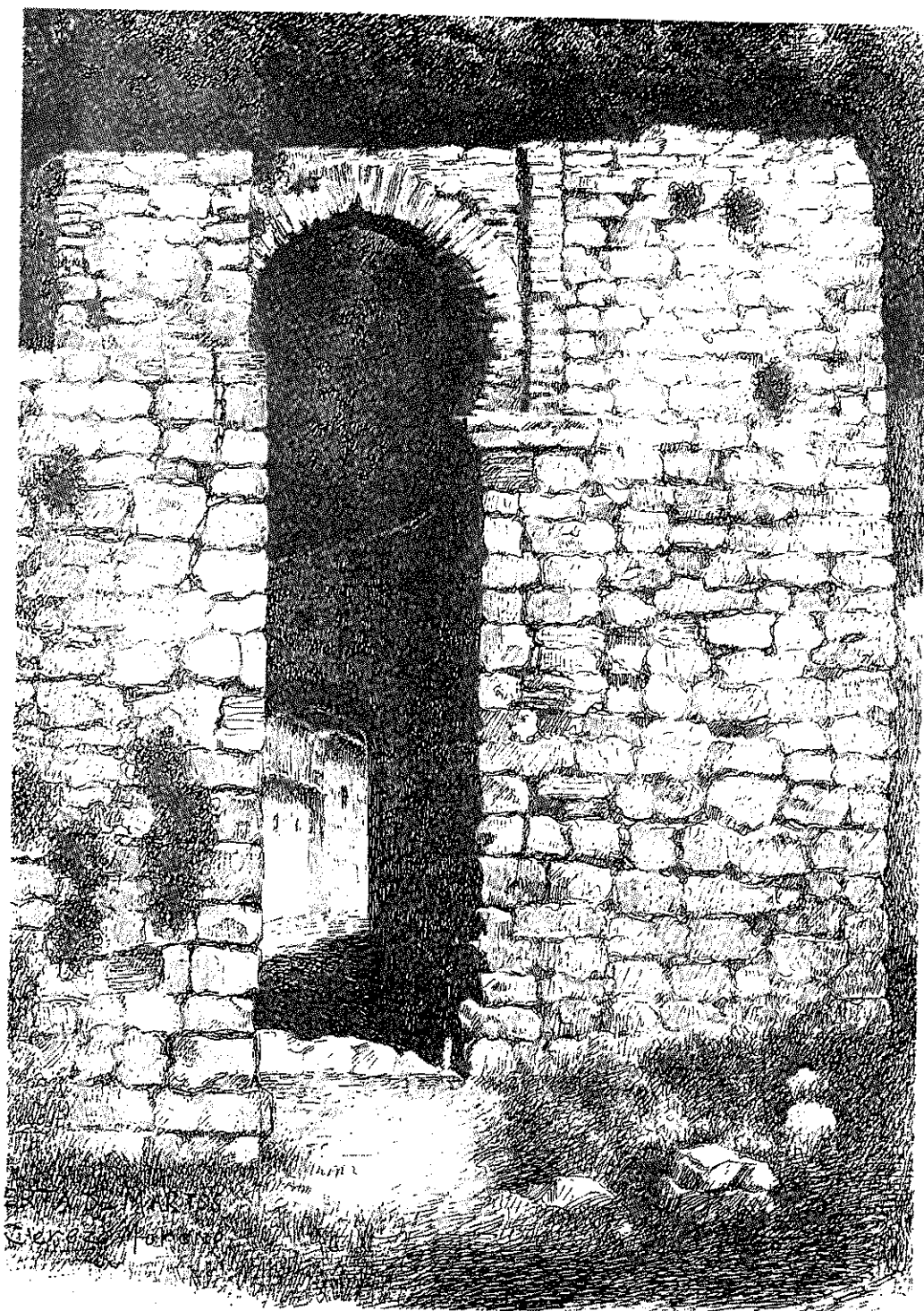
*"Algunos bravos donceles
y algunas hembras sin vida".*

Y es por ello que:

*"En honra de aquellas tocas
con la sangre enrojecidas.
Llevan en Jaén las hembras
colorada la mantilla".*

Blanca, al parecer, era la mantilla blanca, como la describe el Marqués de Santillana. Pero, andando el tiempo, las blancas mantillas se tornan en las encarnadas mantillas.

Dice Cazabán que "hay motivo fundado para suponer que, rendido el reino árabe de Granada, la toca blanca, al quedar como prenda de las moras esclavas, fue trocándose en roja, por los que esclavas no eran, buscando así una diferencia social". Y también señala, al respecto, el propio Cazabán, que el uso de la mantilla roja pudo ser una influencia de la industria textil que se desarrolló con cierta importancia en el Jaén de aquellos tiempos.



La Puerta de Martos. (Dibujo de Francisco Cerezo).

En la Crónica del Condestable Lucas de Iranzo y testimonios posteriores queda constancia de la mantilla colorada de Jaén.

Esa mantilla, que, con los trajes típicos de nuestra ciudad, "Pastiras" y "Chirris", ha sobrevivido, con el tiempo. En estos últimos años Lola Torres, (Jaén, 1901-Jaén, 1968), ha sido una defensora de nuestros trajes representativos. Dirigió varios coros, y últimamente el de los Institutos de Bachillerato, que pasaron por España con la alegría y el colorido de estos hermosos trajes.

En la Historia del Periodismo Local, aparte de las revistas y periódicos que se han ocupado del tema, y sobre el que se podría hacer una amplia bibliografía, hay que destacar que dos publicaciones llevaron los nombres de "Chirri" y "La Mantilla Colorada".

Hemos recordado, un poco, nuestros trajes típicos. Y ello, por dos razones, para rendir homenaje, lleno de afecto y de admiración, a pasadas generaciones de hortelanos y hortelanas, tipos entrañables de Jaén, que nos legaron el amor al trabajo y las mejores virtudes. Pero también recordamos nuestros viejos trajes típicos para llamar, sobre ellos, la atención, pues es necesario, ahora que tanto se habla de buscar las raíces de nuestra historia y de nuestras costumbres, que, en llegados los días de feria, salgan a relucir, por las calles de Jaén, "Pastiras" y "Chirris", como bandera de alegría a los vientos de la ciudad, la mantilla colorada y el sombrero calañés.

He llamado antes a Vicente actor, sin duda atraído por esa pose tan dramática ante las llamas; y es que ahora todo tiene el aspecto de una extraña representación teatral. Ya nadie, sino el interviniente está de pie. Cada cual ha recabado un apoyo en bancos y escabeles. Hasta la malhadada escalera es ocupada en fondo, a manera de un grotesco gallinero de cine de barrio. El color rojo de la chimenea proyecta esa iluminación ilusoria de los escenarios, acaso la atmósfera pastosa de un olvidado retablo flamenco. De ahí que a nadie sorprende que Alfonso Sancho rompa a hablar de teatro, de aquel viejo teatro de la Audiencia, islote antañón de las ilusorias concepciones culturales de la burguesía de otras épocas.

Los teatros provincianos suelen ser un buen 'test' para medir la importancia de su burguesía. Si al de Jaén nos referimos, la conclusión no puede ser más desoladora. Porque lo que llamaban "coliseo" los gacetilleros altisonantes fue asiento de todas las incomodidades. Cuando Lope en su "Arte Nuevo de hacer comedias" habló de la "cólera del español sentado" habría añadido —de llegar a conocerlo— "... sentado en el teatro de Jaén".

He recogido para vosotros unos cuantos testimonios de los sufridos espectadores.

El primero procede de "El Crepúsculo". Tenía por entonces el teatro 12 años de vida y ya había tenido que disimular achaques de nacimiento el abnegado propietario:

"Los dueños del edificio se han esmerado en darle mejor aspecto y comodidad con las importantes modificaciones que le han hecho, siendo las principales el entarimado de los pisos, la entrada de frente, la pintura de toda la obra de madera, la vestidura de las lunetas, mayor gusto en la embocadura y, por último, un alumbrado que no deja nada que desear. No así el escenario donde se observa el mismo mal gusto que antes por lo mal dispuestas que están sus decoraciones y lo deterioradas después de doce años de estar sirviendo sin haberlas mejorado".

Disculpa "El Crepúsculo" lo cicatero de las reformas y la calidad de las compañías contratadas así:

"... si la calificáramos de buena (la compañía) no creeríamos equivocarnos porque tal la conceptuamos para Jaén donde el ingreso de su teatro es muy poco para poder sostener una compañía de primera clase..."

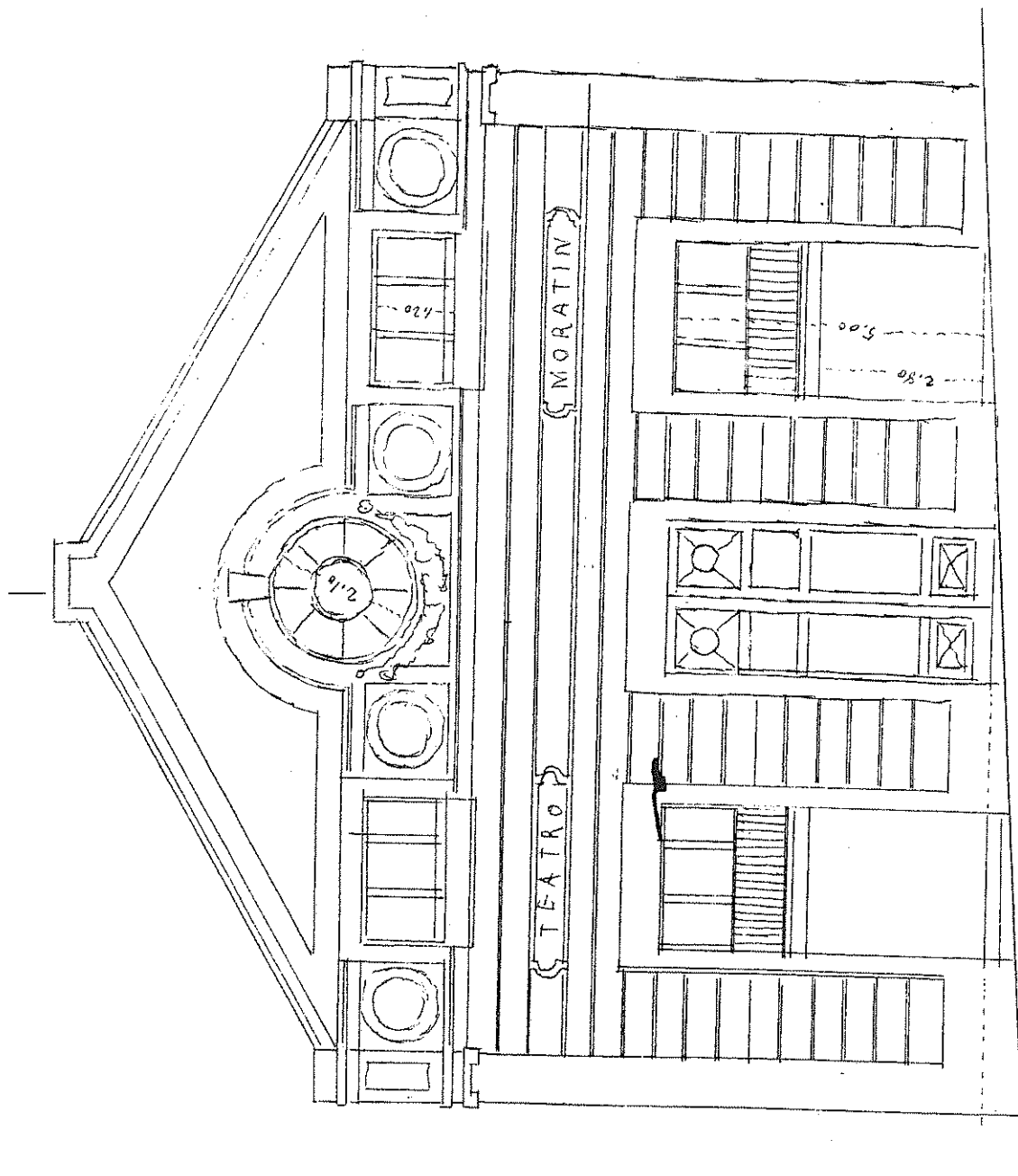
Parece, pues, que nuestra burguesía de mediados del XIX no llenaba su teatro, sea por las deficiencias reseñadas o por lo excesivo de los precios: en 1859, José Almendros pagaba por una luneta 54 reales y por una platea 35; cantidades importantes si consideramos que el mismo José Almendros se gastó 48 reales en unas botas para su hijo Antonio, el poeta.

De la estructura y capacidad del "coliseo" nos da noticia en 1865 Don Manuel María Bachiller:

"Su figura es de herradura, tiene tres órdenes de palcos, quince respectivamente, una galería y nueve filas de butacas y caben cómodamente 500 personas".

De lo que entendía por comodidad el Sr. Bachiller no tenemos noticias. Luego añade: "... está pidiendo a voces que se le sustituya por otro de más capacidad y mejores condiciones" (...) "ahora no puede subsistir ninguna compañía dramática por elevados que pongan los precios de las localidades".

Don José Gómez-Zorrilla me ha facilitado un manuscrito de 1878 en que tres jóvenes poetas, que firman con las iniciales A.M.G.G. escriben un poema —por llamarlo de alguna manera— de 958 versos. En este manuscrito ponen "como no digan dueñas" a la vida política, social, intelectual y artística de Jaén. En romance suelto pero ramplón dedican al teatro los versos 131 al 214:



Dibujo de la portada que se pretendió hacer en el Teatro de la Audiencia, en el proyecto de reforma del año 1902.

(Cedido por Rafael Ortega y Sagrista)

*Entremos en el templo
de Euterpe y de Talía;
pero no, que, ante todo,
la prudencia nos dicta
ponernos de trapillo
y coger la badila
para apartar al paso
las miles inmundicias
que por allí se encuentran
del pavimento arriba.*

*¡La mar de telarañas!
¡La mar de lagartijas!
¡La mar de suciedades!
¡La mar de porquerías!
¡La mar de ratoncillos!
Y... ¡la mar de delicias!
Desde la entrada al foro,
de allí a las bambalinas
en que se oculta astuto
el hábil tramoyista,
no hay punto en el espacio
que no tenga sus briznas
de la pringue y miseria
que en todas partes brilla.
Las butacas, ¡Dios Santo!,
están llenas de tiña
y las chinches en ellas
muy orondas se crían,
pasando los inviernos
en un hambre canina
que sacian los veranos
cogiendo las levitas
de los que allí se sientan
en busca de delicias
sin temor a esos seres
que su existencia minan.
Los palcos se decoran
con molduras sencillas
hechas de pan mascado
por Doblas y familia.
Tienen sus antepechos
casi una barandilla
de terció porque el pelo
otras veces lo había.
Y allá en el paraíso
por doquiera se anidan
culebras y lagartos
y otras mil sabandijas.*

*Es el telón de boca
una hermosa cortina
pintada con más arte
que un cuadro de Pradilla.
El escenario es foso
donde pierde la vida
la función que se pone...
¡que se pone perdía!!!*

*Los elegantes cuartos
que tienen los artistas
son unas alacenas
húmedas y sombrías
donde guarda su dueño
chorizos y morcillas
mientras viene o no viene
alguna compañía.
No se piense por esto
que aquesta maravilla
le cuesta cuatro cuartos
o cosa parecida
a la infeliz empresa
que por su mal la alquila;
porque ella será mala,
pero es cosa sabida
que el amo sin rebozo
no la da tan aínas
y quiere que dinero
le produzca la finca
por sufragar los gastos
que hace todos los días
en repararla mucho
y en conservarla limpia...
Salgamos cual entramos
de esta inmundicia
y oremos por el arte
que aquí se sacrifica.*

Unos años después, en "El Húsar" de 20 de Mayo de 1886 y en la sección "Cosas" que firma "Amarguillos", es decir, Montero Moya, se nos da nuevas noticias del desdichado teatro:

"Desdichado teatro, el teatro de Jaén. Y más desdichado todavía el público a quien sus aficiones suele llevar alguna vez hacia semejante templo de las artes.

*Aquel vetustísimo y desvencijado local
que en Junio parece un horno
y en Diciembre un siberial,*

según la frase de un sainete de circunstancias estrenado allí mismo; que ofrece a los espectadores, amén de los excesos climatológicos ya referidos, una serie de molestias sin número, con sus filas de sillas apropósito para una cocina de cortijo; con sus palcos pintados de ocre y en cuyos antepechos albérgase más polvo que en cualquier carretera y más chinches que granos de polvo; con sus decoraciones manchadas de aceite en ciertos sitios donde no le faltan los pedazos de lienzo; con sus pasillos que parecen catacumbas; con sus plateas en cuyos techos tropiezan siempre las cabezas del concurso, ¡como si al construir el edificio hubiera sido Jaén la isla de Liliput...!

Pese a tantas miserias e incomodidades, todavía había alguna empresa valiente que en la Feria de San Lucas de 1892 se atrevía a ofrecer una temporada de ópera que, bajo la dirección de Don Arturo Beretta, presentaba el siguiente repertorio: "La africana", "Los hugonotes", "Lucrecia", "El trovador", "Hernani", "Lucía de Lamermore", "La Traviata", "Fausto", "Sonámbula", "Un baile de máscaras", "El barbero de Sevilla" y "Los puritanos". Los precios eran los siguientes: abonos para 12 representaciones en palcos y plateas: 12'50; sin abono, 17'50; butacas con entrada, 2'50; sin abono, 3'00; delanteras de anfiteatro, 1'50; paraíso, 1'00 peseta.

No puede decirse que los elegantes de entonces no tuvieran una exquisita oferta musical. Otra cosa sería cómo sonaban tan gloriosas óperas en aquel antro.

Como si de una réplica se tratara. Como si en el centro del redondel de los sueños un torero replicara con un quite por verónicas a otro realizado por chicuelinas, Manuel Caballero saluda y con su magra figura de tanagra va hasta la cara del toro, que en esta ocasión es el teatro en tierras jiennenses, para contarnos aspectos inéditos, desconocidas facetas, acerca de la inauguración del teatro Cervantes de nuestra capital, cuando corrían implacables los avatares del año 1907.

El 10 de Febrero de 1905 sucedió en Jaén un acontecimiento que habría de tener gran importancia en la vida artística y cultural de esta tranquila ciudad. Ante el notario D. Antonio Aponte y Díaz del Valle se otorgó escritura pública de venta a censo reservativo de los edificios que ocuparon la Alhóndiga y el viejo Cuartel de Caballería, en cuyos solares se pretendía construir un nuevo teatro.

Como partes del contrato actuaron el Alcalde, en representación del Ayuntamiento, y Don Fidel Alvarez Ochoa, Don Manuel Mediano García y Don José Azpitarte Sánchez, en calidad respectivamente de Presidente, Tesorero y Secretario de la sociedad constructora del coliseo.

La prensa local acogió la noticia con alborozo y fue reflejando las sucesivas incidencias, producidas hasta el momento de la inauguración.

Este momento no llegó tan inmediato como en un principio creyeron aquellos graves señores de la Junta de Accionistas, quienes programaban la puesta en marcha del teatro antes de finalizar el 1905; en realidad, habían de transcurrir dos años y medio para poder celebrar el gozo de la apertura.

Entre tanto los periódicos fueron informando de los sucesivos pasos que se daban hacia lo que había de ser el "Teatro Cervantes", cuyo nombre no aparece como tal hasta el 3 de Noviembre. ¡Casi nueve meses tardaron sus padres en bautizarlo...! Antes de esta fecha, simplemente se hablaba del teatro.

En junta general de accionistas, celebrada a principios de 1906, Don Fidel Alvarez presentó una Memorial. De ella entresacamos el párrafo relativo al fallo del concurso para la elección de planos y proyectos. Según ella, "al concurso acudieron dos proyectos, de tanta valía, belleza y adecuación que fue grave aprieto para el Consejo no poder construir dos teatros y serle necesario elegir uno... En junta celebrada en primero del pasado agosto, aceptose el proyecto del arquitecto malagueño D. Manuel Rivera, a quien se adjudicó el premio de 2.000 pesetas, y al de D. Antonio Flores Urdapilleta el accésit de 750 ptas., que además de justo premio a su mérito, fuese indemnización a gastos hechos..."

Posteriormente fueron saliendo a concurso las pinturas del techo y el juego de decorados. Eugenio Vivó, artista valenciano asentado en Málaga, fue el autor del techo. El telón de embocadura, frontis y decoraciones fueron realizados por los artistas malagueños Matarredona y Jaraba.

Paso a paso fue siguiendo el público giennense la construcción y dotación de su teatro en sus mínimos detalles. Y así, por ejemplo, en La Regeneración del 18-VII-1907 se notifica la llegada de dos magníficos candlabros de metal dorado y 28 luces eléctricas con destino a la embocadura del escenario, procedentes del Teatro Lírico de Madrid.

Jaén seguía con creciente ilusión el trabajo de aquella Junta, en la que, además de Alvarez, Mediano y Azpitarte, figuraban como Vocales D. Rafael Sagrista, D. Virgilio Anguita, D. Sixto Santamaría y D. Antonio Pocoví.

Y soñaba con el momento de la inauguración. Justamente un año antes de esta, ya se pensaba en la compañía de comedias que habría de actuar en tan solemne acontecimiento. Había que celebrar la efeméride con toda gala, con figuras del alto mundo de la farsa.

Los nombres de Carmen Cobeña, Guerrero-Díaz de Mendoza, Donato Jiménez, y María Tubau, respondían a otras tantas compañías de teatro que fueron nominadas en el pliego de condiciones a que había de ajustarse la subasta para el arrendamiento del teatro, como elencos artísticos dignos de la inauguración. La Junta apuntaba alto y escogía entre lo más granado del momento.

Hecha la subasta y asignado el arrendamiento a “una importante empresa de Sevilla”, se fijó la inauguración para la tercera decena de septiembre. Estábamos ya en el 22 de agosto de 1907, y se aseguraba que vendría Donato Jiménez.

En efecto, fue el viejo maestro de la escena española el que se encargaría de comenzar la andadura artística de un teatro que, por su solera, nunca debió de morir.

Donato Jiménez contaba entonces 61 años y venía cargado de laureles, cosechados en el Teatro Español, de Madrid, Junto a Rafael Calvo realizó espléndidas creaciones que le valieron la cátedra de Declamación en el viejo Conservatorio de la calle San Bernardo.

Alfonso Monge Avellaneda, el “Asmodeo” gecetillero teatral de La Regeneración, nos dirá del actor que “no es una ruina venerable, sino una vejez gloriosa”, esto lo apostillará después de haber tenido lugar la función inaugural.

Por fin llegó ésta. Era la noche del 26 de septiembre de 1907 y la sala resplandecía, merced a la adecuada iluminación de que la había dotado el ingeniero electricista D. Manuel Puga. El “todo Jaén” ocupaba el teatro: las señoras lucían rutilantes joyas, que guardaban en vetustos arcones; los caballeros jugueteaban con la leontina del abuelo o con el bastón de plateado puño, mientras comentaban las novedades políticas o la deplorable situación agrícola y comercial; los niños —trajes de marinero y sombreritos de paja—, simplemente enredaban.

No sabemos si se comenzó la función con la “sinfonía” que anunciaba el programa de mano, llegado a nosotros por gentileza de D. Fernando Cabezudo Sánchez. Las crónicas periodísticas no hablan de ello, siendo significativo este silencio.

Parece ser que en un principio se pensó representar El Alcalde de Zalamea, pero a la hora de decidir se optó por La Estrella de Sevilla o Sancho Ortiz de las Roelas, en la refundición de D. Juan González Guerra. Lope venció a Calderón en esta liza.

Lógicamente, lo que nunca se puso en tela de juicio fue la necesaria inclusión de algún entremés cervantino. Se entendía que era como la toma de posesión del hidalgo D. Miguel en el teatro que amparaba su nombre.

Abono por 13 funciones

El día 19 quedará abierto al público el abono, que se cerrará el 23 á las siete de la tarde, bajo los pre-
vios y condiciones siguientes:

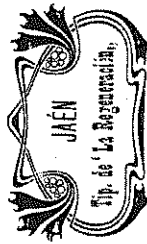
PRECIOS POR FUNCIÓN

Palcos y Plateas, sin entrada	12'50
Palcos segundos, sin ídem	5'00
Butaca con entrada	2'50
Delantera de paraiso, con ídem	1'25

CONDICIONES DEL ABONO

- 1.ª Al tiempo de hacer el abono, se hará efectivo el importe del 50 por 100 de la localidad abonada: y antes de las siete de la tarde del día 3 de Octubre, el resto; entendiéndose que desde dicha hora, las localidades que se hallen en descubierta, se pondrán á la venta en taquilla.
- 2.ª El impuesto del timbre y demás establecidos, se entiende siempre á cargo del público.

Horas de despacho en la Contaduría del Teatro: desde las tres y media hasta las siete de la tarde.



Programa de la temporada de inauguración del Teatro Cervantes.



TEATRO "CERVANTES,"

Temporada de
inauguración

Gran Compañía Cómico-dramática
bajo la dirección de los primeros actores

D. Donato Jiménez

D. Francisco A. de Villagómez,

en la que figura la primera actriz

Srta. Lola Bremón

Debut, el día 26 del corriente.

Septiembre, 1907.

(Cedido por Rafael Ortega y Sagrista)

No obstante, también hubo su vacilación. Cinco días antes, se venía hablando del entremés Los habladores; en la función se representó El viejo celoso, la repetición escénica del tipo de Carrizales en El celoso extremeño.

El reparto de La Estrella de Sevilla fue el siguiente: Doña Estrella, Dolores Bremón; Teodora, Adriana Corona; Don Sancho Ortiz de las Roelas, Francisco Alfonso de Villagómez; Sancho IV El Bravo, José Rivero; Bustos y Tabera, Enrique Martí-Rey Torrasa; Farfán de Ribera, Donato Jiménez; D. Pedro de Guzmán, José María Prados; D. Arias, Fernando Montenegro; Clarindo, Arturo Díaz Adarme, y Criado, Sr. Cejuela.

La prensa no se hizo eco del reparto al reseñar la puesta en escena de El celoso extremeño. Por el programa sabemos que intervinieron Elisa Sánchez Barberá, Adriana Corona, Amparo Alvarez Segura, Arturo Díaz Adame, Enrique Cantalapiedra y Cejuela.

La función constituyó un rotundo éxito. Prolongados aplausos premiaron la excelente labor de la compañía, quien confirmó de modo espléndido su altura y fama.

Como remate y complemento de la fiesta, Francisco Alfonso de Villagómez recitó esta décima que fue subrayada con estruendosa ovación:

*De la iglesia en el altar
junto a la imagen de un Santo
suele estar otra a quien tanto
se honra como al titular.
Así, en el templo que alzar
habeis logrado triunfantes
a un genio, no es raro que antes
honreis a otro soberano
y hoy dé albergue como hermano
al gran Lope, el gran Cervantes.*

La Compañía de Jiménez y Villagómez prolongó su temporada en el teatro hasta el 22 de octubre, hasta las mismas vísperas de aquellos Juegos Florales en que actuó como mantenedor el Magistral D. Leopoldo Eijo y Garay.

Se representaron obras de alta categoría: "La muerte en los labios", de Echegaray; "La loca de la casa" y "El Abuelo", de Pérez Galdós; "El niño prodigio", de los Quintero; "Los dos sueños", de Eusebio Blasco; "El matrimonio interino", de Vital Aza; "Lo positivo", de Tamayo y Baus (beneficio de Dolores Bremón); "El Alcalde de Zalamea"; "Los malhechores del bien", de Benavente (beneficio de Donato Jiménez), y algunas otras más, que constituyeron un espléndido cimiento hacia el futuro.

La temporada giennense fue un rotundo éxito para la Compañía. Sin embargo ésta pasó por el dolor de perder en el entretanto a uno de sus más prometedores miembros: el día uno de octubre falleció, víctima de angina de pecho, el joven galán Enrique Martí-Rey, casado con la actriz Elisa Sánchez Barberá. Tenía sólo 33 años y era natural de Alfaro del Patriarca,

en la provincia de Valencia. Su última salida a escena fue en la representación de La loca de la casa. En el tomo 35 de Defunciones del Archivo Parroquial del Sagrario se inscribe esta dolorosa incidencia.

Hasta aquí llegan estas rápidas notas sobre la temporada inaugural de nuestro desaparecido Teatro Cervantes, el coliseo que fue testigo y foro de la vida cultural, religiosa y política en toda la primera mitad del siglo XX. Sería muy interesante abordar su historia.

De alguna manera las últimas palabras que sobre el teatro han sido tan sabiamente pronunciadas, van dando fin a la hermosa representación en la que a todos nos ha sido dado participar. A la propuesta de algunos cofrades de regresar a Jaén respondemos otros como niños traviesos de colegio, disfrazándonos, enredando, haciendo jaleo en torno a la desesperada figura del maestro, en este caso el Prioste Casañas, que, desesperado, arroja la admonitoria campanilla que marcaba el orden y la medida, y se entrega de lleno a la anécdota, al buen humor, que hoy todo lo ha presidido, y ahora se enseñoorea sin concierto alguno. En el ambiente vaga un ambiguo malestar que nadie quiere conocer. El mismo que se siente cuando algo se acaba. El de la estación de ferrocarril cuando el tren va a partir y todos miran a otra parte para no encontrarse con las lágrimas de los seres queridos, y por eso se acude a las bromas fáciles o a las inútiles recomendaciones para el viaje.

Por eso, cuando de nuestros labios brota emocionado el himno a Jaén, su canto no sólo es un acto de justicia suprema, puesto que ese nombre ha concitado esta noche todas nuestras emociones, es también un bálsamo, una corriente de aire puro con el que todos intentamos desahogar nuestros corazones. Afuera las primeras luces del amanecer borran delicadamente las estrellas que aún restan en el cielo. El agua empieza a murmurar entre las huertas.

* * * *

Acabóse la presente crónica de transcribir el día de San Lorenzo de 1987.

COLÓFÓN

**ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD
DE JAEN, EN LOS TALLERES DE GRAFICAS
CATENA, DE JAEN, EL DIA 25 DE NOVIEMBRE
DE 1987, FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRIA.**



